LIBRO dot.com

Honorina

Honorato de Balzac



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Al señor Aquiles Deveria

Afectuoso recuerdo

del autor.

Si los franceses tienen tanta repugnancia por los viajes como los ingleses afición, acaso tengan tanta razón los unos como los otros. Es fácil encontrar en cualquier parte algo mejor que Inglaterra, mientras que es completamente difícil encontrar lejos de Francia los encantos que ésta encierra. Los otros países ofrecen admirables paisajes, y suelen presentar un *confort* superior al de Francia, que en este género hace lentos progresos. Despliegan una magnificencia, una grandeza, un lujo deslumbrador; no carecen de gracia ni de formas nobles; pero la vida intelectual, la actividad de las ideas, el talento de la conversación y ese aticismo tan común en París; pero ese súbito conocimiento de lo que se piensa y de lo que no se dice, ese genio para adivinar ó sobrentender frases no expresadas, ese algo que constituye el mayor encanto de la lengua francesa, no se encuentra en ninguna parte. Por eso los franceses, cuyo carácter bromista es tan poco conocido, se ponen pronto mustios en el extranjero, como un árbol trasplantado. La emigración es un contrasentido en la nación francesa. Muchos franceses, especialmente aquellos á quienes aquí nos referimos, confiesan que experimentan cierto placer al ver á los aduaneros del país natal, cosa que puede parecer la hipérbole más atrevida del patriotismo.

Este pequeño preámbulo tiene por objeto recordar á los franceses que han viajado el placer que habrán experimentado, cuando alguna vez han vuelto á encontrar toda la patria, convertida en un oasis en el salón de un diplomático, placer que no podrán comprender los que no han dejado nunca de pisar el asfalto del bulevar de los Italianos, los cuales las orillas del lado izquierdo del muelle no son ya París. ¡Volver á París! ¿Sabéis lo que es esto parisienses? No es encontrar la cocina del Rocher de Cancale, como Borel la cuida para los golosos que saben apreciarla, porque esto no se halla más que en la calle Montorgueil; pero es encontrar un servicio que la recuerda. Es encontrar los vinos de Francia, que son un mito fuera de ella, que son raros como la

mujer de que vamos á ocuparnos aquí. Es encontrar, no la broma á la moda, pues ésta, de París á la frontera se desvanece, sino esa mezcla espiritual, comprensiva en que viven los franceses desde le poeta hasta el obrero, desde la duquesa hasta el pilluelo.

En 1836, durante la permanencia de la corte de Cerdeña en Génova, dos parisienses más ó menos célebres, pudieron todavía creerse en París al encontrarse en un palacio habitado por el cónsul general de Francia, sobre la colina, último pliegue que forma el Apenino entre la puerta de Santo Tomás y la famosa linterna, que figuró siempre en todas las casas de campa de Génova. Este palacio es una de las famosas casas de campo en que los genoveses han gastado millones, en tiempo de su república aristocrática. Si la media noche es bella en alguna parte, seguramente lo es en Génova como en ninguna otra; sobre todo cuando ha llovido como llueve allí, á torrentes, durante todo el día; cuando la pureza del mar rivaliza con la pureza del cielo; cuando el silencio reina en e1 muelle y en los bosques de esta ciudad, en sus mármoles y en sus fuentes de cien bocas, por donde corre el agua con misterio; cuando brillan las estrellas, cuando las olas del Mediterráneo se enlazan unas á otras como las confesiones de una mujer cuyas palabras le vamos arrancando una á una. Reconozcámoslo: ese instante en que el aire embalsamado perfuma los pulmones y los ensueños, en que la voluptuosidad visible y movible como la atmósfera se apodera de vosotros, mientras os halláis en un sillón, con una cuchara en la mano, deshaciendo los helados más exquisitos, contemplando un pueblo dormido á vuestros pies, y hermosas mujeres á vuestro lado; estas horas á lo Bocaccio no se encuentran más que en Italia y en las orillas del Mediterráneo. Suponed alrededor de la mesa al marqués de Negro, aquel hermano hospitalario de todos los talentos que viajan, y al marqués Dámaso Pareto, dos franceses disfrazados de genoveses; á un cónsul general, rodeado de una mujer hermosa como una virgen y de dos niños silenciosos, porque se hallan bajo la presión de Morfeo; al embajador de Francia y á su mujer, á un primer secretario de embajada, que se cree suspicaz y malicioso; á dos parisienses que van á recibir de la mujer del cónsul audiencia de despedida, en una comida espléndida y os representaréis un cuadro que ofrecía la explanada da la ciudad hacia mediados de mayo, cuadro dominado por una mujer célebre, sobre la cual se concentraban las miradas en algunos momentos, y por la heroína de esta fiesta improvisada. Uno de los dos franceses era el famoso paisajista León de Lora; el otro un celebre un célebre crítico, Claudio Viñón: ambos acompañaban á esa célebre mujer, la señorita de Touches, que era una de las lumbreras de su sexo y de

la época, conocida en el mundo literario por el nombre de Camila Maupín. La señorita de Touches fué Florencia por negocios. Había prodigado á León de Lora la encantadora complacencia de acompañarle á visitar Italia, y le había hecho ir á Roma para conocer la campiña. Habiendo ido por Simplón, volvía por la Corniche á Marsella. Quiso detenerse en Génova para complacer al paisajista. Naturalmente, el cónsul general había querido hacer los honores de Génova, antes de la llegada de la corte, á una persona tan apreciada por su nombre y posición, como por su talento. Camila Maupín, que conocía de Génova hasta la última capilla, dejó á su pintor entregado á los cuidados del diplomático y de los dos marqueses genoveses, y fué avara de sus momentos. Aunque el embajador fuese un escritor muy distinguido, la célebre escritora se negó á ciertos cumplimientos, temiendo lo que los ingleses llaman una exhibición; pero ella cambió de resolución desde el momento en que se trató de dedicar un día de despedida á la casa de campo del cónsul. León de Lora dijo á Camila que su presencia en la misma era el mejor testimonio de agradecimiento hacia el embajador y su mujer, los dos marqueses genoveses, el cónsul y su esposa. La señorita de Touches sacrificó, pues, uno de esos días de libertad, como no suelen gozar en París las personas célebres, en las cuales el mundo tiene fijas las miradas. Descrita ya la reunión, es inútil decir que la etiqueta había sido desterrada de ella; vanas señoras encopetadas sintieron curiosidad por conocer á Camila, para observar si la belleza física correspondía á la virilidad de su talento. Desde la comida hasta las nueve, hora en que fué servida la colación, la conversación se deslizó festiva ó grave alternativamente, amenizada por las festivas ocurrencias de León de Lora, que pasaba por uno de los hombres de trato más agradable. Tuvieron el buen gusto de no fatigarse mutuamente con discusiones científicas, aunque después de tocar mil cuestiones diferentes, concluyesen por ocuparse, ligeramente y en una forma bellísima, de artes y letras. Pero, antes de llegar á la conversación cuyo giro le hizo tomar la palabra al cónsul general, no creemos inútil decir algo acerca de su familia y de él.

Este diplomático, hombre de unos treinta y cuatro años, casado hacía ya seis, era el vivo retrato de lord Byron. La celebridad de la fisonomía del gran poeta inglés nos evita hacer un bosquejo de la del cónsul. Podemos, sin embargo, hacer observar que no había afectación ninguna en su aire soñador. Lord Byron era poeta, y el diplomático era poético; las mujeres saben reconocer perfectamente esa diferencia que explica, sin justificarlo, el atractivo que ellas le encuentran. Esta belleza, puesta de relieve por un carácter encantador y por las costumbres adquiridas en una vida solitaria y laboriosa,

había fascinado á una heredera genovesa. ¡Una heredera genovesa! Esta frase acaso hará reír en Génova, á causa de la desheredación de las solteras: allí rara vez es rica una mujer; pero Honorina Pedrotti, hija única de un banquero sin herederos varones, era una excepción. A pesar de las ventajas que produce una pasión que se inspira, el cónsul general no parecía quererse casar, cuando se hallaba al principio de sus relaciones amorosas. Sin embargo, después de dos años de permanencia allí, el matrimonio fue concertado. El cónsul se decidió al matrimonio, más que por la pasión que inspiraba á Honorina, por una de esas crisis de la vida que hacen inexplicables hasta las acciones más naturales. Estos embrollos de las causas, afectan frecuentemente á los sucesos más serios de la historia. Las gentes de Génova hacían mil conjeturas acerca del casamiento del cónsul, querían explicarse su melancolía con la palabra *pasión*; pero también acerca de esta palabra, con referencia al cónsul, emitían opiniones muy divergentes, sobre todo las mujeres. Estas no se quejan jamás de ser elegidas para una preferencia, y se inmolan con gusto á la causa común. Honorina Pedrotti, que tal vez hubiese detestado al cónsul si hubiera sido desdeñada completamente, no amaba menos á su esposo al verle enamorado. Unas veces se consideraba olvidada, y preferida otras: las mujeres admiten siempre la preferencia en los asuntos de corazón. Todo lo creen salvado, mientras se trate del sexo femenino. Un hombre no es diplomático impunemente: el esposo fue callado como la tumba, y tan reservado, que los negociantes de Génova creían ver alguna premeditación en su conducta. Algunos decían que la heredera representaba en la comedia de la vida el papel de la enferma imaginaria en amor; otros no creían que aquello fuese una comedia. Sea lo que fuere, es lo cierto que la hija de Pedrotti hizo de su amor un consuelo, meciendo su espíritu en una cuna de ilusiones. El señor Pedrotti no pudo quejarse de la elección que había hecho su querida hija. Protectores poderosos velaban en París por la fortuna del joven diplomático. Según la promesa del embajador á Pedrotti, al cónsul le fué concedido el título de barón y la encomienda de la Legión de honor. Al señor Pedrotti le fue concedido por el rey de Cerdeña, el título de conde. La fortuna de la casa Pedrotti, valuada en dos millones, ganados con el comercio de trigos, les cupo en suerte á los desposados seis meses después de su unión, pues el último y primero de los condes Pedrotti, murió en enero de 1831. Honorina Pedrotti era una de esas hermosas genovesas, que son las más encantadoras de Italia, cuando son espléndidamente bellas. Miguel Ángel tomó sus modelos en Génova: de allí vienen esa amplitud y esa curiosa disposición del pecho en las figuras del *Día* y la *Noche*, preciosas estatuas colocadas al borde de una tumba, dos veces inmortal. En Génova la

belleza no existe hoy más que en el *mezzaro*, como en Venecia no se encuentra más que en los *fazzioli*. Este fenómeno se observa en todas las naciones arruinadas. El tipo noble no se encuentra más que en el pueblo, como después del incendio de una ciudad no se encuentran algunas monedas más que entre las cenizas. Pero aparte toda excepción como beneficio de la fortuna, Honorina era también una excepción como belleza patria. Recordad la estatua de la *Noche* de Miguel Ángel; disfrazarla con ropaje moderno, trenzando sus hermosos cabellos, alrededor de su bella cabeza; colocad una chispa de fuego en sus ojos soñadores, envolved su mórbido pecho en una *echarpe* elegante, imagináosla con un largo vestido blanco sembrado de flores, suponed que la estatua dotada de movimiento, se ha sentado con los brazos cruzados y tendréis el exacto retrato de la mujer del cónsul, estrechando a un niño de seis años, bello como el deseo de una madre y con una preciosa niña de cuatro años sobre las rodillas; tipo de esos cuidadosamente buscados por David, el escultor, para adornar tumbas infantiles. Este bello matrimonio fué objeto de la atención secreta de Camila. La señorita de Touches reconocía en e1 cónsul un aire demasiado distraído, para un hombre completamente feliz. Aunque durante todo el día la mujer y el marido le aparentaron una felicidad completa, Camila se preguntaba, por qué uno de los hombres mas distinguidos que había encontrado en su vida, y que había visto en los salones de París, permanecía de cónsul en Génova, poseyendo una fortuna de más de cien mil francos de renta.

—Ciertamente, decía ella, estos dos hermosos seres se amaran hasta la muerte. ¿Qué habrá de cierto en ello? Nada se puede asegurar. El cónsul poseía la calma absoluta de los ingleses, de los orientales y los diplomáticos consumados.

Por fin, hablaron de literatura nuevamente, y hablando de esta materia se manosea el mismo tema de siempre: ¡la culpa de Eva! Muy pronto tuvieron que luchar opiniones contrarias: preguntáronse con entusiasmo quién entre la primera mujer y el primer hombre, había tenido mayor culpa en la falta de la mujer. Las tres mujeres que se hallaban presentes: la embajadora, la mujer del cónsul y la señorita de Touches, estas mujeres reputadas como irreprochables fueron despiadadas para juzgar á la mujer. Los hombres quisieron probarles, y se esforzaron en ello, que podía ser virtuosa una mujer después de su primera falta.

—¿Cuánto tiempo vamos á jugar aquí al escondite? preguntó León de Lora.

—Vida mía, dijo el cónsul, anda á acostar á tus hijos y di a Gina que me traiga la cartera negra que se halla en mi escritorio.

La mujer del cónsul se levantó sin hacer objeción alguna lo que demostraba que amaba á su marido, pues conocía bastante á los franceses para comprender que en aquellos momentos su marido quería alejarla.

Al marchar Honorina, el cónsul habló en estos términos:

—Voy á referiros una historia en la cual he tenido un importante papel, y después podremos discutir, porque me parece pueril querer introducir el escalpelo en un muerto imaginario. Para disecar, hay que tener forzosamente un cadáver.

Los circunstantes se prepararon á oír con atención: todos habían hablado demasiado y los recursos de la conversación se iban agotando razón por la cual ésta se hallaba próxima á languidecer. Momentos como éste deben elegir los narradores para obtener la atención que desean. Veamos lo que el cónsul refirió.

«Cuando yo contaba veintidós años y cuando acababa de recibir el grado de doctor en Derecho, mi viejo tío el abate Loraux, de setenta y dos años de edad entonces, tuvo la idea de buscarme un protector y de hacerme entrar en una carrera cualquiera. Este hombre, que era casi un santo, consideraba cada nuevo año como un bien, ó una gracia especial que Dios le concedía. No necesito decir cuán fácil le era al confesor de su Alteza Real, dar colocación á un joven educado por él, siendo además este joven el único hijo de su hermana. Uno de los últimos días del año 1824, este venerable anciano, que hacía cinco años que se hallaba de párroco en Blancs-Manteaux, en París, subió al cuarto que yo ocupaba en la casa rectoral y me dijo: —Esmérale, hijo, de tu atavío, pues quiero presentarte á la persona que te ha de tomar á sus órdenes, con el cargo de secretario Creo no equivocarme si te digo que esa persona podrá reemplazarme si Dios me llama á su santa gloria. A las nueve diré la misa, te restan, pues, tres cuartos de hora para prepararte, sé breve.

»—¡Ay! tío, exclamé, cuán doloroso me es dar un adiós á este cuarto, en el que tan feliz he sido por espacio de cuatro años.

»—No tengo fortuna que legarte, me respondió.

»—¿No me deja usted la protección de su buen nombre, el recuerdo de sus nobles acciones, y ...?

»—No hablemos de esa herencia, me contestó sonriendo. Si conocieras algo el mundo, sabrías que éste estima en poco el legado á que te has referido, mientras que colocándote al lado del conde...»

—Permitidme, dijo el cónsul, designar á mi protector por su nombre de bautismo solamente, y apellidarle el conde Octavio.

»—Al llevarte á casa del conde Octavio, creo darte una importante protección, que equivaldrá seguramente á la fortuna que yo te hubiera preparado, si la muerte de mi hermano y la de mi cuñado no me hubieran sorprendido como un rayo en un día sereno. Todo esto será si agradas á ese digno hombre de Estado, como espero que suceda. Estarás allí, Mauricio, como un hijo en casa de sus padres. El señor conde te asigna dos mil cuatrocientos francos, una habitación en su palacio, una indemnización de mil doscientos francos para tus alimentos, pues para dejarte obrar con libertad no te obliga á sentarte á su mesa y tampoco quiere entregarte á los cuidados de los criados. No he aceptado el ofrecimiento hasta enterarme de que el secretario del conde Octavio será considerado y respetado. Trabajarás mucho, porque el conde es muy trabajador, pero al salir de su casa, te hallarás en aptitud de desempeñar elevados cargos. No creo preciso recomendarte la discreción, primera cualidad necesaria á los hombres que se dedican á cargos públicos.

»¡Juzguen ustedes cuán grande sería mi curiosidad al oír todo esto!

»E1 conde Octavio ocupaba entonces uno de los más altos cargos en la magistratura, poseyendo además la confianza de la Delfina, que acababa de nombrarlo ministro de Estado: llevaba una vida parecida á la del conde de Sérizy, que todos ustedes conocen; pero algo más obscura, pues vivía en Marais, calle Payenne, y no recibía casi nunca. Su vida privada quedaba oculta á la curiosidad pública por su modestia cenobítica y su constante laboriosidad. Déjenme pintarles en pocas palabras mi situación. Después de haber encontrado en mi colegio de San Luis un digno representante de mi tío, en el que éste había delegado sus poderes, concluí mis estudios á los diez y ocho años de edad. Salí de aquel colegio, tan puro como sale un seminarista de San Sulpicio. En su lecho de muerte, obtuvo mi madre la concesión, por parte de mi tío, de que yo no sería sacerdote; pero yo era tan piadoso como si hubiera estado preparado para recibir las órdenes sacerdotales. A mi salida del colegio, el abate Loraux me tomó á su cargo para dirigirme en todo. Durante los cuatro años de estudios necesarios para tomar los grados, trabajé mucho y sobre todo en el árido terreno de la

jurisprudencia. Apasionado por la literatura, deseaba saciar mi sed de ella. Desde que leí las mejores obras clásicas, me aficioné al teatro, y asistí á él todos los días durante algún tiempo, aunque mi tío no me daba más que cien francos al mes. No podía ser más espléndido, porque destinaba mucho á los pobres y porque quería contener en sus justos límites los deseos de un muchacho inexperto. Al entrar en casa del conde Octavio, yo no era inocente, y, sin embargo, consideraba crímenes mis escapatorias. Mi tío era tan angelical, que por el temor de disgustarle, jamás había yo dormido dos noches fuera de casa en los cuatro años que estuve á su lado. Él tenía la bondad de no acostarse hasta que yo me hubiese retirado. Esta tierna solicitud tenía para mí más fuerza que todos los severos sermones con que llenan la vida de los jóvenes las familias puritanas. Ajeno á las diferentes clases sociales de la sociedad parisiense, no conocía á las mujeres distinguidas ni á las del pueblo, más que por haberlas visto en los paseos ó teatros y á gran distancia siempre. Si en esa época me hubieran dicho: «Vas á ver á Camila, á Camila Maupín», hubiera sentido un fuego devorador en el corazón y en la cabeza. Las personas célebres eran en mi opinión dioses que no andaban, no comían, no dormían y no hablaban, como las demás criaturas. ¡Cuántos cuentos de las *Mil y una noches* crea la imaginación de un adolescente! ¡Cuántas lámparas maravillosas han de haberse manejado antes de saber que la verdadera lámpara maravillosa es el genio, la fortuna ó el trabajo! Para algunos hombres, estos sueños del espíritu duran muy poco; en mí duraron bastante. Largo tiempo me dormí, creyéndome gran duque de Toscana, millonario, amante de una princesa, ó célebre. De este modo, entrar en casa del señor conde Octavio y tener cien luises al año para mí solo, era entrar en una vida feliz é independiente. Entreví alguna probabilidad de penetrar en la sociedad y buscar en ella lo que más deseaba mi corazón, una protectora que me librase de la vida peligrosa y del abismo en que suelen caer en París los jóvenes de veintidós años, aunque sean juiciosos y pertenezcan á familias distinguidas. Empecé á temerme á mí mismo. El estudio constante de mis deberes con referencia á la situación en que me había colocado, no era suficiente para calmar la exaltación de mi fantasía. A veces me abandonaba mentalmente á la vida de teatro, buscaba emociones, creía poder ser un gran actor, ambicionaba triunfos y amores sin fin, ignorando las decepciones que se ocultan tras el telón, como en todas partes, pues todo escenario tiene sus bastidores. Algunas veces sentía mi corazón abrasado ante el deseo de enlazarme á una bella mujer, empezando por seguirla hasta su casa, espiarla, escribirle, entregarme á ella completamente y vencerla á fuerza de amor. Mi pobre tío, aquel tierno corazón abrasado en la caridad y

en el amor divino, mi tío, aquel niño de setenta y dos años, inteligente como Dios y sencillo como un hombre de genio, adivinaba las tempestades de mi alma y no perdía ocasión de decirme: «¡Anda, Mauricio, tienes veinticinco francos, diviértete, tú no has de ser sacerdote.» Decía esto cuando veía que se iba á romper la tirante cuerda á que me tenía sujeto. Si hubieran visto ustedes el fuego sagrado que iluminaba sus ojos, la dulce sonrisa que vagaba por sus labios, la adorable expresión de su augusta fisonomía, que parecía apostólica, hubiesen comprendido el sentimiento que me embargaba al oírle y que me obligaba á arrojarme en sus brazos como en los de una tierna madre. «Tú no tendrás un amo, me dijo mi tío; en el conde Octavio tendrás un amigo, pero un amigo desconfiado, ó por hablar con más propiedad, un amigo prudente. La amistad de ese hombre de Estado y su confianza, tienen que alcanzarse con el tiempo, pues á pesar de su perspicacia profunda y su costumbre de juzgar a los hombres, ha sido engañado por tu antecesor, siendo el conde víctima de un abuso de confianza. Te he dicho bastante acerca de la conducta que debes seguir en su casa. Ahora, vamos allá.» Mientras mi tío se entregaba con el conde á gratas conversaciones, yo lanzaba una de esas miradas que quieren abarcarlo todo de una vez: contemplaba el patio muy bien empedrado y cubierto de hierba por algunos lados, los negros muros que ofrecían pequeños jardines dentro de las decoraciones de una bella arquitectura, y techumbres elevadas como las de las Tullerías. Las balaustradas de las galerías superiores estaban carcomidas. Tras un magnífico arco, vi un segundo patio lateral, y dentro una limpia cuadra, donde se hallaba un viejo criado limpiando un coche. La soberbia, fachada del patio me pareció triste como la de un palacio perteneciente al Estado, ó á la Corona, y entregado para algún servicio público. Un fuerte campanillazo resonó en la habitación del portero, al entrar mi tío y yo, y sobre la puerta de la portería se leían aún estas palabras: *Hablad al portero*. Al momento apareció un criado cuya librea recordaba á los Labranche del teatro francés, en el repertorio antiguo. Una visita era muy rara allí, por eso el criado, no esperándola, se había vestido precipitadamente su librea, que no había terminado de ponerse bien. Al abrir una puerta vidriera, de muchos vidrios distintos, observé que el humo de dos reverberos había dibujado estrellitas en las altas paredes. Un peristilo de una magnificencia digna de Versalles, dejaba ver una de esas escaleras como ya no se construirán en Francia y que ocupan el lugar de una escalera moderna. Al subir los peldaños de piedra, fríos como sepulcros, y por los cuales cabían ocho personas colocadas de frente, nuestros pasos resonaban como bajo bóvedas sonoras. Podíamos considerarnos en una catedral. La baranda y pasamano de la escalera distraían la mirada

por los insípidos adornos de la caprichosa fantasía de un pintor de la época de Enrique III. Atravesamos antecámaras é inmensos salones amueblados con esas antigüedades preciosas que hubieran hecho la felicidad de un anticuario. Por fin, llegamos á un gran gabinete situado en un pabellón en forma de escuadra, cuyas ventanas tenían vistas á un hermoso jardín. Un criado anunció á mi tío y á mí. El conde Octavio, vestido con traje gris, se levantó del sillón que tenía colocado delante de su pupitre, se acercó á la chimenea, me indicó que me sentase y se dirigió á mi tío, estrechándole las manos con efusión.

»— Aunque estoy en la parroquia de San Pablo, le dijo á mi tío, he oído hablar del dignísimo prelado de Blancs-Manteaux, y tengo un vivo placer en conocerle personalmente.

»—Vuestra Excelencia es muy amable para mí; añadió mi tío. Os traigo mi único pariente. Al traerlo, os entrego un adicto sumiso y le doy en vos un nuevo padre á mi sobrino.

»—Es cierto; pero podré contestarle mejor, señor abad, cuando nos hayamos experimentado mutuamente su sobrino y yo.

»— ¿Cómo se llama usted?— me preguntó.

»— Mauricio.

»—Es doctor en Derecho, añadió mi tío.

»—Bien, bien: yo espero, señor abad, que primero por su sobrino y luego por mí, me concederá usted el honor de comer en mi casa todos los lunes. Será nuestra velada de familia.

»Mi tío y el conde se pusieron á hablar de religión y política, y yo pude examinar á mi gusto al hombre que me estaba destinado y del cual iba á depender. El conde era de mediana estatura y pocas carnes. Su figura era distinguida. Los rasgos de su fisonomía eran delicados. Su boca, un poco grande, expresaba la ironía y la bondad al mismo tiempo. Su frente, demasiado ancha, asustaba como la de un loco, tanto más, cuanto que contrastaba con el pequeño óvalo de su rostro, que terminaba en una barba muy diminuta. Sus ojos, de un azul turquesa como los del príncipe de Talleyrand á quien tuve ocasión de ver más tarde, eran vivos é inteligentes, y en algunos momentos melancólicos haciendo más extraño el conjunto de su pálido rostro. Su color, un poco

amarillento, denotaba irritabilidad y pasiones violentas. Sus cabellos, plateados y peinados con esmero, surcaban su cabeza por los colores alternados del blanco y del negro. La coquetería de este peinado perjudicaba al parecido que yo encontraba al conde con aquel monje extraordinario que Lewis ha puesto en escena con arreglo al *schedoni* del *Confesonario de los penitentes negros* que, á mi juicio, me parece una creación superior á la del *Monje*. Como hombre que debía estar muy de mañana en el Palais, el conde estaba ya afeitado. Dos candelabros de cuatro brazos provistos de pantalla, colocados en los dos extremos de la mesa del despacho y cuyas bujías ardían aún, indicaban bastante; claramente que el magistrado se levantaba antes que el día. Sus manos, que observé cuando cogió el cordón de la campanilla para llamar á su ayuda de cámara, eran muy hermosas y blancas como las de una mujer...»

—Al contarles esta historia, dijo el cónsul general interrumpiéndose, desfiguro un poco la posición social y los títulos de este personaje, aunque presentándolo siempre en situación análoga á la suya. Estado, dignidad, lujo, fortuna, modo de vida, todos estos detalles son ciertos, pero en algunos casos tengo que hacer variantes por no faltar á mi bienhechor y á mis costumbres de severa discreción y reserva.

En lugar de considerarme lo que era, socialmente hablando, es decir, un insecto ante un águila, experimenté un dulce sentimiento indefinible que puedo explicarme hoy. Los artistas de genio...

Al decir esto, se inclinó graciosamente ante la célebre escritora, el embajador y los dos parisienses.

«... Los verdaderos hombres de Estado, los artistas, repito, los poetas, los hombres eminentes, y las personas realmente grandes, son sencillas; y su sencillez os inspira confianza y os acerca á ellas. Ustedes que son superiores por la inteligencia, tal vez hayan observado que el sentimiento aproxima las distancias morales que ha creado la sociedad. Si os somos inferiores por el talento, os igualamos por la ternura y la sensibilidad, por la abnegación en la amistad, ó por la cariñosa admiración que os tributamos. Según la temperatura de nuestros corazones (permitidme la palabra), yo me sentía tan cerca de mi protector, como lejos estaba de él por su posición social. El alma tiene una perspicacia especial por la cual presiente el dolor, la alegría, el odio ó simpatía en la persona que contempla. Conocí vagamente los síntomas de un misterio, al reconocer en el conde los mismos rasgos de fisonomía y de expresión nada común, que había observado en mi tío. La práctica de la virtud, la serenidad de conciencia y la

pureza del pensamiento, habían trasfigurado á mi tío, convirtiéndole de feo, en hermoso. Percibí una gran, metamorfosis en el rostro del conde; al primer golpe de vista calculé que tendría cincuenta años, pero después de un examen atento, adiviné una juventud sepultada bajo el hielo de una profunda pena, ó tal vez un poco marchita, por el estudio constante, ó por el fuego abrasador de una pasión contrariada. Hubo un momento en que algunas palabras de mi tío animaron el semblante del conde y lo presentaron con una frescura tan extraordinaria, que le hicieron aparecer en una edad que es la que creo debía tener, cuarenta años. Estas observaciones no las hice entonces, pero sí más tarde, al acordarme de las circunstancias de aquella visita. Un criado entró llevando en una bandeja un ligero almuerzo para el conde.

»—No he pedido mi almuerzo, dijo el conde; déjelo, sin embargo, y vaya á enseñar á este caballero su habitación.

»Seguí al criado, que me condujo á un hermoso aposento situado bajo una azotea, entre las habitaciones de etiqueta y las de confianza, al lado de una inmensa galería por la cual se comunicaban las cocinas con la gran escalera del palacio. Cuando volví al gabinete del conde, oí antes de abrir la puerta, la voz de mi tío que decía estas palabras:

»—Podrá cometer alguna falta, porque todos estamos sujetos á errores; pero no tiene ningún vicio.

»—Y bien, dijo el conde. ¿Se encontrará usted cómodamente en el local que le he destinado? Esta casa tiene muchas habitaciones, y si no le gusta una, puede elegir otra.

»—Yo no tenía en casa de mi tío más que un reducidísimo gabinete, contesté.

»—Podrá usted instalarse desde luego esta tarde, porque el equipo de un estudiante, pronto se transporta. Hoy comeremos juntos los tres, añadió mirando á mi tío afectuosamente.

»Después de ver su magnífica biblioteca, nos enseñó un reducido aposento cubierto de pinturas, que parecía haber servido de oratorio.

»— Vendrá usted á admirar estas pinturas y á meditar siempre que quiera, pues en mi casa no será nunca prisionero.

» Luego me explicó detalladamente el género de las ocupaciones que debía desempeñar: después de oírle distribuir mi tiempo, me pareció un gran preceptor político. Necesité un mes para familiarizarme con las costumbres del conde, con los nuevos seres, con las nuevas cosas y con los deberes de mi posición. Un secretario necesita conocer al hombre á cuyas órdenes se halla. Los gustos, las aficiones, los deseos y el carácter de este hombre, fueron objeto de un minucioso estudio por parte mía. La estrecha unión del espíritu es más que un matrimonio, y más que un parentesco. Durante tres meses, el conde y yo nos espiamos mutuamente. Supe, por fin, con gran asombro, que el conde no tenía más que treinta y siete años. La profunda calma de su existencia y la severidad de su conducta no procedían únicamente de un sentimiento profundo del deber y de una reflexión estoica: conociendo bien á aquel hombre extraordinario, se encontraba en sus actos, en su aparente dulzura, en su benevolencia y en su resignación, algo que lo mismo pudiera ser paz exterior ó aparente, que paz real y sentida. Del mismo modo que al andar por ciertos terrenos se suele saber, por el eco que producen nuestros pasos, si pisamos sobre piedra ó sobre un vacío cubierto de arena, del mismo modo se adivinan también, al contacto de la vida íntima, los subterráneos de un alma minada por el dolor. El dolor, y no el abatimiento, es lo que se había apoderado del alma verdaderamente grande del conde. A pesar de sus heridas secretas, caminaba hacia el porvenir con mirada serena, cual un mártir lleno de fe. Su tristeza constante, sus ocultas decepciones, sus calladas penas, no le habían conducido al escepticismo: este valeroso hombre de Estado era religioso, sin ostentación. Asitía á la primera misa que se decía para los jornaleros y los criados en Saint-Paul. Ninguno de sus amigos sabia que observaba tan fielmente las prácticas religiosas. Practicaba el bien guardando el sigilo que suelen guardar algunas personas cuando cometen culpas. Siendo muy desgraciado, no se burlaba de los sentimientos y de las creencias de los demás, á pesar de sus desengaños, no pareciéndose á esas personas cargadas de dolorosa experiencia que se complacen en amargar las ilusiones de los inexpertos. Nunca se le veía irónico, sarcástico ó desdeñoso. No se burlaba ni de los que se dejaban mecer en la florida cuna de la esperanza, ni de los que se aislaban víctimas del desencanto de la vida, ni de los que persistían en las luchas sociales, enrojeciendo la arena del palenque con su sangre: dudaba de los afectos, y sobre todo de las abnegaciones; pero no se lamentaba. Compadecía al que sufría y le admiraba con silencioso entusiasmo. Era una especie de Manfredo católico, fundiendo las nieves al calor de un volcán, conversando con una estrella que sólo veía él. Yo reconocía muchos misterios, muchas nebulosidades en su

vida. Huía de mis miradas, no como el viajero que al seguir una senda tiene que desaparecer oculto por los caprichos ó las hondonadas del terreno, sino como un cazador espiado que necesita ocultarse y que busca un sitio que le guarezca perfectamente. Yo no podía explicarme ciertas ausencias frecuentes cuando se hallaba muy ocupado, ausencias que no disimulaba, pues solía decirme: «Continuad trabajando, necesito salir.» Este hombre, tan profundamente embargado por los triples deberes del magistrado, del orador y del hombre de Estado, tenía tiempo para ocuparse de las flores, á las que amaba con frenesí. Tal afición me encantaba, porque revela un alma delicada y tiernísima. Su jardín estaba lleno de plantas raras y preciosas; pero lo que más me extrañaba era verle adornar su gabinete con flores marchitas. Nunca las ponía frescas. ¡Tal vez se complacía en esa imagen de su destino! El conde amaba su patria y se entregaba á cuidar los intereses públicos con el ardor de un corazón que quiere matar algún sentimiento mortificador: el estudio, el trabajo á que se entregaba, no le era suficiente. Se defendía de sus pesares y salía vencedor en la batalla que sostenía su alma; pero sólo momentáneamente. Aquel hombre debía ser feliz por la apacible vida que hacía, y, sin embargo, no lo era. ¿Qué obstáculo se oponía á su dicha? ¿Amaba á alguna mujer? Estas y otras preguntas me hacía yo á mí mismo. Juzgad cuán extensos círculos de dolor recorría mi pensamiento antes de ocurrírseme lo que dejo manifestado. A pesar de sus esfuerzos, no conseguía el conde ahogar los gemidos de su corazón. Bajo su actitud austera, y tras la gravedad del magistrado, se agitaba una pasión tan dominada, que nadie más que yo podía sospecharla. Su divisa parecía ser: «Sufrir en silencio». Todos sus amigos le consideraban y respetaban mucho. Impasible ante el mundo, y con la cabeza muy alta, no podía conocer nadie las heridas de su alma: en él no aparecían más que cuando se hallaba solo en el jardín y en su gabinete. Entonces, creyendo no ser observado, solía dar rienda suelta á los pesares devorados bajo su toga, y vertía copioso llanto. Si hubiera sido observado, tal vez estas exaltaciones hubiesen perjudicado á su celebridad como hombre de Estado. Para mí el conde Octavio tenía el atractivo de un problema, y me inspiraba el mismo afecto que me hubiera inspirado mi padre. ¿Comprendéis lo que es la curiosidad comprimida por el respeto? ¿Qué desgracia había herido á este sabio consagrado al estudio como Pitt desde la edad de diez y ocho años, colocado en la carrera que conduce al poder, y sin abrigar la menor ambición? Este juez, que sabía el derecho político, el derecho diplomático, el derecho civil y el derecho criminal, y que podría encontrar armas contra todas las inquietudes y errores de los demás, no sabía curarse á sí mismo. La vida de este profundo legislador, de este

escritor doctrinario y de este hombre honrado, no indicaba nada que pudiera reprocharse. Y, sin embargo, un criminal no hubiera sido más castigado por Dios: el conde padecía gran insomnio, los sufrimientos le habían quitado el sueño completamente, y rara vez dormía. ¡Cuánta amargura debía haber en sus horas que en apariencia se deslizaban plácidas y serenas, y en las cuales le sorprendía yo con la pluma caída de la mano, la cabeza baja y los ojos como dos estrellas fijas! ¡Cuántas veces le sorprendí con los ojos llenos de lágrimas! ¡Apenas comprendo cómo podía correr el agua de aquel vivo manantial sobre el suelo ardiente, sin que el fuego subterráneo lo secase! Existía dentro de su ser, como en el mar y la tierra, una capa de granito. Por fin, ¿estallaría el volcán? A veces me miraba el conde con la curiosidad sagaz y penetrante, aunque rápida, por medio de la cual un hombre examina á otro cuando busca un cómplice; pero alejaba sus miradas de las mías, porque encontraba éstas tan expresivas, que parecían decirle: «Hable usted, atrévase, le espero». En algunos momentos, su desesperación era salvaje. Cuando notaba que podía haberme lastimado con su mal humor, no me pedía mil perdones, porque su digna altivez no se lo permitía; pero dulcificaba notablemente su acento, y sus maneras tomaban un tinte suavísimo que se acercaba mucho á la humildad cristiana. Cuando me había yo ligado completamente á aquel hombre incomprensible para mí, y original para el mundo, palabra con la cual cree éste haberlo dicho todo, sin estudiar los estigmas del corazón, cambió la faz de la casa. El conde abandonaba sus intereses lastimosamente y hasta sus negocios importantes. Poseyendo ciento sesenta mil francos de renta, sin contar lo que ciertos trabajos le producían, gastaba sesenta mil francos sin haber pagado á los criados. Al primer año tuve que pedirle ampliase su crédito para ayudarme á cubrir algunas deudas. Al segundo año empecé á hacer grandes economías, y además de éstas el conde se hallaba mejor servido; gozaba de un confort moderno; tenía preciosos caballos, sus comidas, en los días de recepción, eran servidas por Chevet á precios fabulosos, y los otros días por una gran cocinera y dos ayudantas; la despensa estaba bien provista; se habían tomado dos criados más, cuyos servicios devolvieron al palacio su esplendor y poesía, pues el palacio, siendo tan suntuoso, tenía una majestad que la miseria deshonraba.

»—Ahora no me asombro, dijo cuando supo los resultados que me daban sus intereses manejados por mí, de que muchas gentes hayan hecho una fortuna en mi casa.

En siete años se hicieron tan ricos dos cocineros míos, que luego pusieron una gran fonda admirablemente montada.

»—Señor magistrado, le dije al conde, ha perseguido usted al criminal ante los tribunales, y casi ha autorizado usted el robo en su casa.

»Al principio del año 1826, el conde había sin duda terminado de estudiarme y se hallaba tan ligado á mí como un favorito con su soberano. No me decía nada de mi porvenir y se ocupaba de él con interés paternal. Me ordenaba algunos de los trabajos más arduos y me los corregía, haciéndome observar las distintas interpretaciones que de la ley hacíamos los dos. Cuando llegué á concluir un trabajo, al fin del cual colocó su firma, experimenté una alegría que fue mi mayor recompensa: así lo comprendió él. Este pequeño incidente producía en su alma muy buen efecto. Un día su entusiasmo llegó á más alto grado y me besó en la frente, diciéndome:

»—Mauricio, es usted para mí un amigo, y si mi situación no cambia, tal vez será usted para mí un hijo.

»El conde me había presentado en las principales casas de París, á las que iba yo muchas veces en su lugar, con sus criados y en su coche, en las frecuentes ocasiones en que solía él tomar un cabriolé para ir... ¿dónde? Ese era el misterio. Por la acogida que me dispensaba, conocía yo la eficacia de sus reconvenciones y los elogios que de mí hacía. Cariñoso cual un padre, atendía á mi necesidad con una generosidad extraordinaria. Hacia el fin del mes de enero de 1827, en casa de la condesa de Sérizy, tuve mala suerte en el juego y llegué á perder bastante, quedando á deber dos mil francos. Al día siguiente me preguntaba yo: «¿Debo ir á pedir dinero á mi tío ó confesarle al conde lo que me ocurre?» Tomé el último partido. Al día siguiente, á la hora del almuerzo, le referí, lleno de rubor, que habiéndome sido adversa la suerte en el juego, me había picado, y mi amor propio me había hecho perder dos mil francos.

»—¿Me permite usted tomarlos á cuenta de mi sueldo anual? le pregunté.

»—No, me contestó con una sonrisa encantadora; para jugar se debe tener una bolsa muy llena, dedicada al juego. Tenga usted seis mil francos y desde hoy vamos á partes iguales, me representa usted casi siempre y no es justo que deje usted de hacerlo cuando la fortuna le niega sus favores ó cuando padece su amor propio.

»Callé y no le di las gracias. Esto hubiera parecido demasiado entre los dos. Este detalle les indicará lo mucho que se habían estrechado nuestras relaciones. Sin embargo,

no teníamos todavía una confianza ilimitada; él no me abría su alma y yo no me atrevía á preguntarle: ¿Qué le pasa? ¿Por qué sufre usted? ¿Qué hace usted en sus largas veladas? Muchas veces volvía de sus excursiones á pie ó en un cabriolé de plaza, mientras yo, su secretario, volvía en un magnífico carruaje. ¿Un hombre tan piadoso, sería tal vez presa de vicios ocultos ó hipócritamente reservados? ¿Empleaba todas las fuerzas de su inteligencia en ocultar hábilmente algunos celos amorosos? ¿Vivía secretamente con una mujer indigna de él? Una mañana le encontré en la calle hablando con una vieja; la conversación parecía animada, tanto que pasé al lado suyo y no me vio, lo que demuestra que la conversación le embargaba completamente. El aspecto de la vieja me despertó muchas sospechas y me acordé de que jamás sabía yo en qué empleaba sus grandes economías. ¡Qué atrevido es el pensamiento! En un instante me convertí en censor del conde Octavio. Yo le había entregado muchísimo dinero para colocarlo en el Banco ó sociedad que le produjera grandes réditos, y él, tan franco conmigo respecto á intereses, no me había dicho en qué había invertido aquellos fondos. En aquellos días, el conde se paseaba por el jardín yendo y viniendo con pasos desiguales, frotándose las manos hasta rasgarse la epidermis. Para él, era el paseo, hipógrifo sobre el cual colocaba su melancolía soñadora. Cuando yo le sorprendía encontrándole en alguna encrucijada del jardín, se inmutaba siempre, cual un hombre que tiene miedo de que descubran su secreto. Sus ojos, en lugar de tener la limpidez de la turquesa, tomaban el tono aterciopelado de la clemátide, produciendo instantáneamente un asombroso contraste entre la mirada del hombre feliz y la mirada del hombre desdichado. Varias veces me había cogido del brazo llevándome hacia sí, y luego me preguntaba: «¿Qué quería usted decirme?» Yo sentía que no vaciase su corazón en el mío, tan abierto para recibirlo. Otras veces, el desgraciado, cuando podía yo reemplazarle en sus negocios, pasaba largas horas contemplando los variados pececillos que hormigueaban en un estanque de mármol, rodeado de flores que formaban un hermoso anfiteatro. Aquel grande hombre, descendía al placer pueril de arrojar migas de pan á los peces. Verdad es que lo hacía maquinalmente, mientras su pensamiento vagaba por esferas muy ignotas para mí. Veamos cómo se descubrió el drama de aquella existencia agitada que parecía ser uno de los círculos olvidados en el infierno del Dante.»

El cónsul general hizo una pausa.

«Cierto lunes, continuó, la casualidad dispuso que el presidente de Grandville y el señor de Sérizy, entonces vicepresidente del consejo de Estado, quisiesen reunirse en casa del conde Octavio, para formar entre los tres las bases de una sociedad de la cual debía yo ser secretario. El conde me había hecho ya nombrar auditor en el consejo de Estado. Todos los elementos necesarios para el examen de la cuestión política sometida á aquellos señores se encontraban en una mesa de nuestra biblioteca. Los señores de Grandville y de Sérizy se entregaban al conde para el análisis preparatorio de los documentos relativos al trabajo. A fin de evitar el traslado de ciertas cosas dirigidas á la casa del señor de Sérizy, presidente de la comisión, convinieron en que volverían á reunirse en la calle de Payenne. El gabinete de las Tullerías tenía una gran importancia en este trabajo, que pesaba principalmente sobre mí y por el cual debía yo, en lo que iba de año, entablar una demanda. Aunque los condes de Grandville y de Sérizy no comían fuera de casa, según las costumbres del conde Octavio, nos engolfamos en la discusión, olvidando las horas, y fuimos sorprendidos por un ayuda de cámara que me llamó para decirme: «Los señores sacerdotes de Saint-Paúl y Blancs-Manteaux, hace dos horas que esperan en el salón.» Eran las nueve. El conde les dijo:

»—Mis queridos amigos, os veis obligados á comer con sacerdotes; no sé si Grandville dominará su repugnancia hacia la sotana.

»—Eso, según los sacerdotes.

»—¡Oh! uno es mi tío y el otro el abate Gaudrón, respondí; tranquilícense ustedes, porque dicho señor es tan simpático como mi tío.

»—Pues bien, comamos, repuso el presidente Grandville; un beato me espanta, pero me gusta un hombre piadoso.

»Nos dirigimos al salón. La comida fue encantadora. Los hombres verdaderamente instruídos, los políticos, á los cuales la costumbre les da un don especial para la palabra, son adorables narradores, si se proponen serlo. No hay término medio: ó son cargantes, ó sublimes. En esto el príncipe de Metternich se hallaba á la altura del célebre Carlos Nodier. Talladas en facetas, como el diamante, las bromas de los hombres de Estado son sencillas, delicadas, ingeniosas y agradables. Observando todas las conveniencias sociales al lado de aquellos hombres superiores, mi tío permitió á su espíritu alzar el vuelo y desenvolverse de una manera delicada, penetrante y fina, como suelen hacerlo todas las personas habituadas á pensar mucho y hablar poco.

Comprended que no había nada vulgar ni desagradable en esta conversación, que producía en el alma lo que la música de Rossini. El abate Gaudrón era, como dijo Grandville, un san Pedro más que un san Pablo, es decir, un hombre sencillo cuya ignorancia hacia todo lo que se relacionaba con el mundo era graciosa en su manifestación revelada por medio de asombros y preguntas.

»Acabaron por hablar de una de las plagas inherentes á la sociedad: *del adulterio*. Mi tío hizo observar la contradicción que los legisladores del Código, impresionados todavía por las tempestades revolucionarias, habían establecido entre la ley civil y la ley eclesiástica, punto de que partían todos los males en su concepto.

»Para la Iglesia, el adulterio es un crimen, añadió, para vuestros tribunales, no es más que un delito. El adulterio va en carruaje á la ley correccional, en lugar de conducirlo al tribunal de los Asises. El consejo de Estado de Napoleón, penetrado de compasión hacia la mujer culpable, ha obrado con impericia. No era bastante en esto, aunando la ley civil y religiosa, enviar á la culpable, como en otros tiempos, á un convento para el resto de sus días.

»—Hubieran sido necesarios muchos conventos, contestó el conde de Sérizy, y en estos tiempos se convierten los monasterios en cuarteles. ¿Qué hacer entonces, señor abad? Encerrarlas en un convento no es posible, según la sociedad.

»—¡0h! dijo el conde de Grandville, no conoce usted la Francia. Han debido dejarle al marido el derecho de quejarse, y no habría al año diez quejas de adulterio.

»— Jesucristo ha perdonado el adulterio, dijo el conde Octavio. En ciertas épocas y países lo autorizaban las costumbres. En Oriente, cuna de la humanidad, la mujer no fué más que un *placer ó cosa*; no le pedían más méritos y virtudes que obediencia y hermosura. Elevando el alma por encima del cuerpo, la moderna familia europea, hija de Jesucristo, ha inventado el matrimonio indisoluble y ha hecho de él un sacramento.

»—¡Ah! la Iglesia reconoce bien todas las dificultades, exclamó el señor de Grandville.

»—Esta institución ha producido un mundo nuevo, dijo el conde Octavio sonriendo, pero las costumbres de ese mundo no serán nunca bajo los climas en que la mujer es núbil á los siete años y vieja á los veinticinco. La Iglesia católica ha olvidado las necesidades de la mitad del globo. Concretémonos á hablar de Europa. ¿La mujer es

superior ó inferior á nosotros? Tal es la verdadera pregunta que debemos hacer. Si la mujer nos es inferior, al elevarla como la ha elevado la Iglesia, la adúltera merece terrible castigo. Pero ¿han procedido así? El claustro ó la muerte: ved ahí toda la antigua legislación. El trono ha servido de lecho al adulterio, y los progresos de este crimen han debilitado los dogmas de la Iglesia católica. Hoy, mientras que la Iglesia no pide más que un arrepentimiento sincero á la mujer caída, la sociedad se contenta con una difamación que pronto se borra en lugar del suplicio. La ley condena todavía á los culpables; pero no los intimida. En fin, hay dos morales: la del mundo y la del código. Donde el código es débil, lo reconozco con nuestro querido abad, el mundo es audaz y burlón. Hay pocos jueces que no hubieran querido cometer el delito contra el cual despliegan el *suave furor* de sus consideraciones. El mundo, que desmiente la ley en sus usos, en sus fiestas y en sus placeres, es más sincero, á veces, que el código y la Iglesia; el mundo castiga el escándalo después de haber alentado la hipocresía. Tal vez la ley francesa sería mejor, si proclamase la desheredación de las hijas.

»—Conocemos la cuestión á fondo, dijo riendo el conde de Grandville. Yo tengo una mujer con la cual no puedo vivir; Sérizy tiene una mujer que no quiere vivir con él. A tí, Octavio, te ha abandonado la tuya. Resumimos los tres los casos de conciencia conyugal; así es que podemos componer muy bien una comisión para tratar del divorcio.

»La cuchara del conde cayó sobre su vaso y lo rompió, cayendo éste sobre el plato y rompiéndolo también. El conde se puso pálido como un muerto y dirigió á Grandville una mirada feroz, con lo cual le reconvenía por su indiscreción ante mí.

»—Perdón, amigo mío, no me había fijado en Mauricio, dijo el presidente Grandville. Sérizy y yo hemos sido tus cómplices, después de haberte servido de testigos: no me había acordado de Mauricio; en cuanto á estos venerables sacerdotes, decirlo ante ellos no era cometer una irreverencia.

»E1 señor de Sérizy cambió la conversación, refiriendo cuanto había hecho para agradar á su mujer sin conseguirlo nunca. Este anciano terminó hablando de la imposibilidad de reglamentar las simpatías y las antipatías humanas, y sosteniendo que la ley social era más perfecta á medida que se acercaba más á la ley natural. La naturaleza no tiene cuidado alguno de la alianza de las almas; su fin único es la propagación de la especie. Entonces el código actual hubiera sido muy sabio dando una enorme latitud á la casualidad. La desheredación de las hembras, habiendo varones,

hubiera sido una excelente modificación, ya para evitar la bastardía de las razas, ya para hacer uniones más felices, no teniendo que buscar más que las cualidades morales y la belleza. De este modo se suprimían uniones escandalosas, hijas del amor á la herencia de la mujer. Pero, añadió, no hay medio de reformar una legislación cuando un país tiene la pretensión de reunir ochocientos legisladores. Después de todo, si estoy sacrificado, tengo un hijo que me heredará.

»—Dejando aparte toda cuestión religiosa, repuso mi tío, hago observar á Vuestra Excelencia, que á la naturaleza debemos la vida, pero la dicha á la sociedad. ¿Sois padre? preguntó mi tío.

»—Y yo, ¿tengo hijos? dijo el conde con voz tan dura, que impresionó á todos hasta el punto de cortar toda conversación acerca de la mujer y el matrimonio.

»Cuando hubieron tomado el café, los dos condes y los dos sacerdotes se alejaron, viendo que el pobre Octavio había caído en una dolorosa melancolía que le impedía atenderles ni apercibirse de la desaparición de éstos.

»Mi protector se había sentado en una mecedora cerca de la chimenea, en actitud lánguida y abatida.

»—Ya conoce usted el secreto de mi vida, me dijo al apercibirse de que estábamos solos. Después de tres años de matrimonio, una tarde me entregaron la carta en que la condesa se despedía de mí para siempre. Esta carta era, sin embargo, digna, pues hay mujeres que conservan cierto decoro aun cometiendo esa falta horrible... Hoy mi mujer pasa por haberse embarcado en un navío que naufragó sin que se salvara nadie. Vivo solo hace más de siete arios. Basta por hoy, Mauricio; me faltan las fuerzas: ya hablaremos de mi situación cuando me haya acostumbrado á hablar de ella. Cuando se sufre una enfermedad crónica hay que buscar el alivio posible, y este alivio suele ser cualquier cosa que no se parezca á la enfermedad.

»Fuí á acostarme turbado, pues el misterio, lejos de aclararse, me parecía obscuro. Adiviné un drama extraño, considerando que no podía haber nada vulgar entre una mujer elegida por el conde y un carácter como el suyo. Debían ser singularísimos los motivos que podían haber obligado á la condesa á separarse de un hombre tan noble, tan elevado, tan sensible y tan digno de ser amado. La frase del señor Grandville había sido una antorcha arrojada en los subterráneos por los que caminaba yo hacía mucho tiempo; y aunque esta llama los alumbró débilmente, mi vista podía medir la extensión

de ellos. Me explicaba los pesares del conde sin comprender la profundidad y la amargura de ellos. El tinte amarillento de sus mejillas demacradas tenía una explicación: sus gigantescos estudios, sus sueños, sus perturbaciones, los menores detalles de la vida de aquel célebre casado, tomaran un relieve luminoso ante mí, en esas horas de meditación, que son el crepúsculo del pensamiento y á las cuales se entrega todo hombre de corazón. ¡Oh! ¡cuánto quería yo á mi protector! Me parecía un hombre sublime. Leía un poema de melancolía en su corazón, en aquel corazón que estaba en constante actividad y yo había supuesto inerte. Un dolor supremo conduce á la inmovilidad. Aquel magistrado que disponía de tanto poder ¿se había vengado de su esposa? ¿Reposaba tal vez en una larga agonía? ¿Qué hacía el conde después de esa desgracia? pues la separación de dos esposos es la gran desgracia de nuestra época, en la cual la vida íntima ha llegado á ser lo que no era antes, una cuestión social. Pasaron algunos días en silencio, pues los grandes pesares tienen su pudor; pero por fin, una tarde el conde me dijo, grave y conmovido:

»—Quédese usted á mi lado y le contaré mi historia.»

Escuchad su relato:

«—Mi padre tenía consigo una pupila rica, bella y de diez y seis años, en el momento en que salí del colegio para entrar en este palacio antiguo. Educada por mi madre, Honorina empezaba á despertar moralmente. Llena de gracias y de puerilidades, soñaba en la dicha como en un adorno, y tal vez la felicidad era para ella el adorno del alma. Su piedad tenía rasgos infantiles, pues todo, hasta la religión, era una *oda* para aquel corazón ingenuo. Vislumbraba en su porvenir una fiesta perpetua. Inocente y pura, nada turbaba su sueño angelical. La tristeza ó el pesar jamás habían alterado su alegría, ni humedecido sus ojos. Ella buscaba el secreto de sus emociones involuntarias y creía encontrarlo en la atmósfera impregnada con los perfumes de un día primaveral. Era dócil, se sentía inclinada al matrimonio, y lo esperaba sin desearlo. Su risueña imaginación ignoraba la corrupción que la literatura inocula por medio de la pintura de pasiones ardientes; no sabía nada del mundo, ni conocía los peligros de la sociedad. La tierna niña no había sufrido, y por eso no había ejercitado su valor. Su candor le hacía caminar sin temor entre las serpientes, como la ideal figura de que se valió un pintor para representar la inocencia. No había frente más serena ni más pura que la suya. Nadie hacía interrogaciones tan llenas de naturalidad como ella. Vivíamos como dos

hermanos. Al transcurrir un año, le dije ante el estanque de este jardín, arrojando los dos miguitas de pan á los peces:

»—¿Quieres que nos casemos? Conmigo harás tu voluntad, y cualquier otro hombre te haría desgraciada.

»—Mamá, dijo á mi madre que se dirigía hacia nosotros, hemos convenido Octavio y yo en casarnos.

»—¿A los diez y siete años? preguntó mi madre. No, esperaréis diez y ocho meses; si en ese período os conocéis bien, podéis hacer buen matrimonio, matrimonio de afectos y de intereses, porque sois iguales en nacimiento y en fortuna.

«Cuando tuve veintiséis años y Honorina diez y nueve, nos casamos. El respeto hacia mi padre y mi madre, señores de la antigua corte, nos impidió decorar este palacio según la moda y seguimos viviendo como en el pasado, convertidos en dos niños juguetones y caprichosos. A pesar de todo esto, me lancé al mundo, inicié á mi mujer en la vida social y consideré un deber instruirla. Conocí más tarde que los matrimonios, concertados en las condicionas del nuestro, encierran un escollo contra el cual se estrellan muchos afectos y muchas existencias. El marido se convierte en pedagogo, en maestro, y el amor perece bajo la férula que hiere más ó menos tarde, pues una esposa hermosa, discreta y soñadora no admite superioridades por cima de las que ella cree poseer. ¡Tal vez tendría ella razón! Tal vez, al contrario, cometí la imprudencia de tener demasiada fe en su ingenua naturaleza y la descuidé un poco en ciertas ocasiones. ¡Ay! ¡no se sabe jamás, ni en política, ni en el hogar, si los imperios caen por demasiada confianza ó demasiada severidad! ¡Tal vez el marido de Honorina no supo llenar sus sueños de adolescente! ¿Se puede saber acaso á qué precepto se ha faltado en los días de felicidad?

»Yo no recuerdo el cúmulo de reproches que se dirigió el conde, con la buena fe del anatomista que busca las causas de una enfermedad, que no conocen sus compañeros; pero su clemente indulgencia me pareció entonces verdaderamente digna de la de Jesucristo, cuando salvó á la mujer adúltera.

»—Diez y ocho meses después de la muerte de mi padre, que precedió á mi madre algunos meses en la tumba, dijo haciendo una pausa, llegó la terrible noche en que fui sorprendido por la carta de Honorina. ¿Por qué mágicas ilusiones había sido seducida mi mujer? ¿Cuál de estas fuerzas le habría sorprendido ó arrastrado? No quise

hacer indagaciones. El golpe fué tan cruel, que durante un mes se me paralizó la inteligencia. Más tarde, la reflexión me ha hecho permanecer en mi ignorancia, y las desgracias de Honorina me han enseñado muchas cosas. Hasta este momento, observe usted, Mauricio, que todo es vulgar; pero bien pronto dejará de serlo al pronunciar dos palabras: *adoro, amo a mi mujer*. Desde el día del abandono, vivo de recuerdos, me complazco en hacer todo lo que le gustaba á Honorina. ¡Ah! me dijo al ver el asombro pintado en mi semblante, no me consideréis un héroe ó un tonto, para no haber buscado distracciones á mi mal. ¡Ay, hijo mío! ¡he sido muy niño ó muy apasionado; no he sabido encontrar otra mujer en el mundo entero!... Después de luchas horribles conmigo mismo, he intentado aturdirme, he caminado con el dinero en la mano hasta el terreno de la infidelidad; pero al llegar allí, se dibujaba ante mi vista una blanca estatua que me cortaba el paso: el recuerdo de Honorina. Al acordarme de la finura de su tez, á través de la cual se veía correr la sangre y palpitar los nervios; al acordarme de su preciosa cólera, sencilla é ingenua la víspera de mi desgracia, como el día en que le dije: «¿Quieres que nos casemos?», al recordar el perfume celestial que la rodeaba, la luz de sus miradas y la gracia de sus movimientos, huía como un hombre que va á violar la tumba y que ve salir el alma del muerto transfigurada. En el Consejo, en el Tribunal, en mis negocios, tengo tan fijo el recuerdo de Honorina, que muchas veces no hablo porque temo nombrarla. Ved el secreto de mi afán por el trabajo. No he sentido hacia ella deseo de venganza, del mismo modo que no la siente un padre al ver que su hija predilecta se ha dirigido por malas sendas á causa de impremeditación. Comprendo que habría hecho de mi mujer la poesía de la vida, y yo gozaba de esa poesía con tanta más embriaguez, cuanto que la creía compartida. ¡Ah! ¡Mauricio! Un amor sin discernimiento, es en un marido la falta que puede originar las de su mujer. Tal vez dejé sin cultivar las facultades infantiles de mi esposa, ó tal vez la agobié de amor antes de que la hora del amor sonase para ella. Demasiado joven para comprender la constancia en la mujer, ella tomó la primera prueba del matrimonio por la vida entera, y tal vez maldijo en silencio su destino, sin atreverse á lanzar ninguna queja, por pudor de su alma. En una situación así, tal vez se habrá encontrado sin defensa ante un hombre que la ha debido arrastrar violentamente. Y yo tal vez, magistrado, según el mundo, dotado de buen corazón, pero de un entendimiento preocupado, adiviné muy tarde las leyes del código femenino, desconocidas para mí, pero que después he leído á la luz del incendio que devoraba mi techo. He hecho de mi corazón un tribunal, en virtud de la ley ya que ésta erige en juez al marido, y de ese tribunal ha salido ella absuelta y yo culpable. Pero

el amor ha tomado en mí la avasalladora forma de la pasión, de esa pasión cobarde y absoluta, que suele apoderarse de algunos ancianos. Ahora amo á Honorina ausente, con la fuerza de un amor contrariado; la amo con la vehemencia del que anhela poseer una mujer hermosa. Me siento animado de la audacia del viejo y la fuerza del joven, y al mismo tiempo de la timidez del adolescente. No sé lo que pasa en mí. Amigo mío, la sociedad no tiene más que burlas para mi horrorosa situación conyugal. Mientras tiene compasión para el amante, vé en un marido no sé qué impotencia, y se ríe de él por no haber sabido conservar la mujer que adquirió por medio del yugo conyugal. Así es que he tenido que callar. Sérizy es feliz. Debe á su indulgencia el placer de ver á su mujer, la protege la defiende y como la adora, experimenta los goces inefables del beneficio, y no se inquieta por nada ni por el ridículo siquiera, pues bautiza con su nombre paternal el afecto hacia su esposa. Pero yo, ni aun el ridículo tengo que afrontar; yo, que sólo me sostengo de un amor secreto, yo, que no sé decir una galantería á una mujer de mundo; yo, que rechazo la prostitución, me desespero en la soledad. Le soy fiel á mi mujer, hasta por temperamento. Sin mi fe religiosa, me hubiera suicidado. Me he lanzado al abismo del trabajo, para fatigarme mucho y distraerme hasta debilitar mis sentimientos, y he salido de ese abismo vivo, abrasado, habiendo perdido el sueño.»

No recuerdo las palabras de este elocuente hombre, al cual la pasión daba más energía cuando se hallaba en la tribuna: al escucharle, sentía yo rodar las lagrimas por mis mejillas. Juzgad mis impresiones cuando, después de una pausa necesaria para enjugar nuestras lágrimas, acabó su relato con esta relación:

»—He aquí el drama de mi alma, pero este no es el drama exterior que represento en París. El drama interior no interesa á nadie. Yo lo sé y también lo sabrá usted algún día, á pesar de que en estos momentos llore usted: nadie sobrepone á su corazón, y sobre todo á su epidermis el dolor de otro. Nadie quiere sufrir por causas que no le son propias. El verdadero dolor está en uno mismo y la extensión de él nadie puede comprenderla; usted mismo solo lo conoce vagamente, á pesar de que toma parte en él. Algunas veces me vera usted querer calmar mi desesperación, contemplando una miniatura en la que mi mirada besa aquella frente adorada, la sonrisa de sus labios, el contorno de su rostro y los negros bucles de su cabellera. Otras veces, después de torturarme con los agudos dardos del dolor, he pasado á la esperanza, me he dirigido á la calle y he andado muchísimo con el intento de fatigarme. Siento desfallecimientos como los enfermos que mueren por consunción, hilaridades de loco, ideas absurdas y

espantosas. Mi vida es un parosismo de terrores, de amarguras y de desesperación. Por mi parte, ya ve usted que hago cuanto puedo: voy al Consejo de Estado, al Parlamento, al Club, al Ateneo. Pero las horas de la noche son para mí más largas que las que empleo en ejercitar mis facultades. Honorina es mi asunto más importante. Recobrar á mi mujer es mi ambición única, es la idea fija que me persigue. Velo por ella sin que lo sepa, atiendo á sus necesidades, le proporciono recursos para todo, procurando que lo ignore. Este es mi único placer. Estoy cerca de ella cuanto puedo, como un espíritu invisible, sin dejarme adivinar, porque entonces ya lo perdería todo. Hace siete años que no me he acostado un solo día sin haber ido á ver la luz que le presta vívido resplandor y su hermosa silueta entre las cortinas de su balcón. Ver su sombra, esto es lo que tanto me satisface. Dejó mi casa sin llevarse de ella más que el traje que tenía puesto. Ha llevado su delicadeza hasta la tontería: todo lo que le pertenecía lo ha dejado. Algunos meses después de su fuga fué abandonada por su amante, que se mató ante el duro, siniestro y frío aspecto de la miseria. ¡Cobarde! Aquel hombre había contado sin duda con la cómoda vida que se dan en Suiza é Italia las grandes damas al abandonar á sus maridos. Aquel miserable la dejó en cinta y sin un real. En el mes de noviembre de 1820, cuando mi mujer iba á dar á luz, busqué al primer comadrón de París é hice que se fingiera el cirujano del barrio al que ella había dado orden de llamar. Decidí al cura de la parroquia para que se encargase de atender á las necesidades de la condesa, bajo el pretexto de practicar una obra de caridad. Ocultar el nombre de mi mujer, asegurarle el incógnito, encontrar una compañera inteligente que me fuera adicta, ¡qué ímprobo trabajo! Para encontrar el asilo de mi mujer, no me fué necesaria más que una gran perseverancia ayudada del dinero. La idea de consagrarme á Honorina me pareció tan santa, que tomé á Dios por testigo de cuantos pasos di. Esto sólo le ocurre á un hombre verdaderamente enamorado, pues es muy pequeño querer asociar á Dios á nuestras pasiones. Todo amor necesita alimentarse de algo. Además, yo debía proteger á aquella inexperta criatura, que tal vez fué culpable por imprudencia mía. Yo debía protegerla de nuevos desastres. Procuré cumplir bien mi papel de ángel guardián. Después de siete meses, su hijo murió, felizmente para ella y para mí. Mi mujer quedó abandonada entre la vida y la muerte en el momento que más necesitaba del brazo de un hombre; pero este brazo necesario, dijo tendiendo el suyo con sublime energía, se extendió sobre su cabeza. Honorina fué cuidada como lo hubiera sido en este palacio. Cuando en la convalencia preguntó quién la había socorrido, le contestaron que las hermanas de la caridad del barrio, la sociedad maternal y el venerable cura de la parroquia, que protegía

á todos los desdichados. Esta mujer, orgullosa, desplegó en la desgracia gran valor y una resistencia tan extraordinaria, que parecía más bien un empeño terco, tenaz. Honorina quiso ganar su vida con el trabajo. Hace cinco años que reside en un precioso pabellón y se dedica á hacer flores de trapo. Cree vender los productos de su elegante trabajo a un mercader bastante espléndido que suele darle veinte francos diarios, y no abriga la menor sospecha de nada. Ella tiene pasión por las flores, y da cien escudos á un jardinero, al que yo doy grandes gajes para que se esmere más. He prometido á este hombre darle habitación en una de mis propiedades, á condición de que ha de ser reservado; la más leve indiscrección le perdería. Honorina tiene su pabellón y su jardín por quinientos francos de alquiler según su cuenta. Vive allí, bajo el nombre de su compañera la señora Gobain, anciana simpática y discreta, que supe yo encontrar y de la cual se ha hecho querer Los cuidados que la anciana le prodiga se los recompenso bien. Hace tres años que Honorina es feliz, creyendo que sólo debe á su trabajo la desahogada posición que disfruta. Y, ya sé lo que quiere usted decirme exclamó el conde al ver una interrogación en mis ojos y mis labios. Ya he hecho una tentativa. Un día, cuando creí por algunas frases de la señora Gobain que era fácil una reconciliación escribí á mi mujer una carta por el correo, en la cual traté de halagarla y de seducirla: aquella carta la empecé veinte veces con mil ensayos. ¡Qué angustias pasé! Anduve mil veces desde la calle de Payenne hasta la de Reuilly, como un condenado que va desde el cielo al infierno, sin reposar en ningún sitio Era de noche, la tempestad crecía y yo continuaba esperando á la señora Gobain, para que me repitiera las palabras que hubiese pronunciado mi mujer. Honorina, al reconocer mi letra, arrojó la carta al suelo sin leerla. «Senora Gobain, le dijo imperiosamente, desde mañana dejaré esta habitación.» Esta frase fué un rayo para el hombre que experimentaba grandes alegrías en proporcionarle por medio de nobles supercherías ricos pavos, exquisitos pescados, faisanes y los mejores pasteles y dulces, pagados á precios exorbitantes, mientras ella tenía la candidez de creer que con doscientos cincuenta francos al año pagaba á la señora Gobain una cocina mejor servida que la de un obispo. ¿Me ha sorprendido usted algunas veces frotándome las manos y revelando felicidad? Es cuando acabo de engañar á mi mujer, haciendo que un mercader le lleve un rico chal de India, diciendo que lo vende una actriz que apenas lo ha usado, y en el cual antes he tenido la debilidad de envolverme, acercándolo mucho al corazón, para trasmitirle algo de mi fuego. Hoy se resume mi vida en las dos palabras que expresan los más violentos suplicios: *amo* y *espero*. Tengo en la señora Gobain un fiel espía de aquel corazón adorado. Todas las

noches hablo con ésta y sé por ella todo lo que hace Honorina durante el día; sus movimientos, sus frases, pues el más pequeño detalle me puede revelar el estado de aquella alma sorda y muda. Honorina es piadosa: reza y acude al templo á buscar consuelo; pero no se confiesa ni comulga. ¡Teme lo que le diría el confesor! No quiere que le ordenen volver á mí. Este horror que le inspiro me asusta, pues jamás le he hecho el menor daño y siempre he sido bueno para ella. Supongamos que he tenido demasiada insistencia para instruirla y que mi rudeza de hombre haya herido su delicada susceptibilidad ó su legítimo orgullo. ¿Es este motivo suficiente para perseverar en una resolución que sólo el odio debe inspirar? Honorina no le ha dicho jamás á la señora Gobain quién era y guarda el más escrupuloso silencio acerca de su matrimonio: de modo que esta buena mujer no puede decirle nada en mi favor. Los criados nada saben. Me es imposible penetrar en el corazón de Honorina; la ciudadela es mía, y no puedo tomar posesión de ella. No tengo ni un solo medio de acción. Una violencia me perdería para siempre. ¿Cómo combatir lo que ignoro? He pensado escribir una carta á Honorina, hacerla copiar y valerme de ingeniosos medios para que la lea. Pero esto es arriesgarme nuevamente, y temo me cueste cara la prueba. Si yo no sintiera en mí todas las facultades nobles satisfechas, si no gozara con la satisfacción de mi buena conducta, si los elementos de mi destino no perteneciesen á la paternidad divina, hay momentos en que el pensar me volvería maniático. Algunas noches tengo miedo hasta de la transacción violenta de una débil esperanza, que brilla y se apaga momentáneamente y que al apagarse me arroja en la sima del desencanto. He meditado algunos días acerca del desenlace de Clarisse y Lovelace, diciéndome: Si Honorina tuviera una hija mía, se vería obligada á volver á la mansión conyugal. En fin, tengo tanta fe en mi feliz porvenir, que hace diez meses he adquirido un hermoso palacio en el barrio de Saint-Honoré, para que, si me uno á Honorina, no tenga que volver á ver las habitaciones de las cuales huyó y para que nada le recuerde su pasado. Quiero colocar á mi ídolo en un nuevo templo para que no se vea atormentado por tristes recuerdos. Están trabajando para convertir aquel palacio en una maravilla de elegancia y de arte. Me han hablado de un poeta que se volvió loco de amor por una cantante y que anduvo buscando por todo París la mejor cama, sin saber lo que le reservaba su amada, ignorando completamente si sería aceptado. Pues bien, al más frió de los magistrados, al que pasa por el más grave consejero de la Corona, al oír esta anécdota se le ha conmovido hasta la última fibra del corazón. El orador de la Cámara comprende á este poeta que revestía su ideal de una posibilidad material. Tres días antes de la llegada de María Luisa, el emperador hablaba

solo, creyendo que ésta le iba á contestar. Todas las pasiones gigantescas se parecen. Yo amo como el poeta y el emperador.

»A1 oír estas palabras, creí en la enajenación del conde Octavio; se levantó, gesticuló, paseóse y se detuvo impulsado por la fuerza de sus palabras.

»—Soy muy ridículo, dijo después de una gran pausa, pareciendo pedir una mirada de compasión.

»—No, lo que es usted muy desgraciado.

»—Sí, sí, dijo reanudando el hilo de sus revelaciones ó siguiendo el curso de su confidencia; sí, soy más desgraciado de lo que usted se piensa. Por la fuerza de mis palabras puede usted y debe creer en la pasión más intensa que está anulando hace nueve años mis facultades intelectuales, en la pasión que me inspira su belleza física. Pero esto no es nada en comparación del entusiasmo que me inspira su alma, su espíritu, su corazón, sus maneras, todo lo que en la mujer no es la mujer, en fin, esas encantadoras impresiones que el amor inspira, y que son la poesía de una dicha fugitiva. Veo, por medio de un fenómeno retrospectivo, todos los encantos de Honorina, en los cuales no me fijaba en mis días de ventura, como les suele suceder á las personas dichosas. De día en día voy reconociendo lo mucho que he perdido al considerar las bellas cualidades de que estaba dotada esa niña caprichosa y ligera, que se hizo tan fuerte bajo la pesada mano de la miseria, bajo el golpe más vil y el más cobarde abandono. ¡Y esa flor celestial se marchitó solitaria, oculta y triste! ¡Ah! ¡la ley de que hablábamos, dijo con amarga ironía, no podría traérmela ni presa por una partida de gendarmes! ¡No me traerían á Honorina, sino su cadáver! La religión no ha tenido acción sobre ella para esto; ella toma de la religión la parte poética; reza, sin escuchar los mandamientos de la Iglesia. Yo he agotado mi clemencia, mi bondad, mi calma. He llegado al colmo. No diviso más, que un medio de triunfo: la astucia y la paciencia con que los pajareros cogen los pájaros más ágiles, más desconfiados, más fantásticos y más raros. Así es que, Mauricio, cuando la disculpable indiscreción de Grandville le ha revelado á, usted el secreto de mi vida, he concluído por ver en este suceso una de esas disposiciones de la suerte, que por ser tan favorables, sorprenden al jugador que lo cree todo perdido. ¿Siente usted por mí bastante cariño, ó sólo es una, compasión hija del romanticismo que suele apoderarse del alma á la edad de usted?

»—Le comprendo á usted, señor conde, respondí interrumpiéndole; teme usted que su secretario ame á su esposa. ¿Es posible poner la mano en un brasero sin abrasarse? dije, por oír al conde.

»—No tema usted, llevaré la mano cubierta con guante de hierro. No será mi secretario el que se alojará en la calle de Saint-Maur, en la casita del hortelano que he dejado libre; será mi primo, el barón de Hostal, magistrado de París.

»Después de un momento de sorpresa, oí sonar la campanilla y rodar un carruaje por el patio. En breve anunció un ayuda de cámara á la señora Courteville y á su hija. El conde Octavio tenía numerosa parentela por la línea materna. La señora de Courteville, su prima, era viuda de un juez, que la dejó sin fortuna y con una hija. ¿Qué podía ser una mujer de veintitrés años al lado de una de veinte, tan bella como pudiera soñarla la más ambiciosa y poética fantasía?

»—Le hago á usted barón, magistrado de París y le doy en dote este hermoso palacio; creo que con esto tendrá usted bastantes razones para no amar á mi mujer, me dijo al oído.

«Después me presentó á la señora Courteville y á su hija. Quedé deslumbrado, no por los ofrecimientos ventajosos del conde, que jamás había soñado, sino por la radiante belleza de la señorita Amelia de Courteville.

»—No hablemos aquí de mí, dijo el conde haciendo una pausa.

»—Veinte días después, fui á vivir á la casa del hortelano, que habían limpiado, arreglado y amueblado, con esa celeridad que se explica en tres palabras, á saber: París, el obrero francés y el dinero. Yo estaba tan enamorado como podía desearlo el conde para su completa tranquilidad. ¿Sería bastante la prudencia de un joven de veinticinco años, para las intrigas y asechanzas que tenía que arrostrar en pro de la dicha de mi bienhechor? Para resolver este problema, confieso que contaba con mi tío, pues fui autorizado por el conde para imponerle de su secreto en el caso de que creyese necesaria su intervención. Me hice jardinero hasta la monomanía; me ocupaba con entusiasmo en cultivar el jardín como un hombre al cual no le preocupa otra cosa. Del mismo modo que algunos lunáticos de Inglaterra ú Holanda, parecía monofloristo. Cultivaba especialmente dalias, reuniendo todas las especies. Adivinaréis que mi línea de conducta estaba trazada por el conde, cuyas facultades intelectuales se emplearon completamente en los menores sucesos de la tragicomedia que debía representar en la

calle Saint-Maur. En el momento en que se acostaba la condesa, entre once y doce, nos reunimos el conde, la señora Gobain y yo para resolver. Oí que la anciana le daba exacta cuenta de los menores detalles de la vida de la condesa, de sus movimientos, de sus ocupaciones, de sus comidas, hasta de las flores que copiaba con tela y alambres. Entonces comprendí lo que era un amor furioso, cuando procede del corazón, de la inteligencia y de los sentidos. ¡Triple y doloroso amor! El conde no vivía más que en la hora en que se comunicaba con la anciana. En los meses que duraron los trabajos preparatorios, no dirigí la vista al pabellón en que habitaba mi vecina. Yo no había preguntado siquiera, al menos en apariencia, si tenía alguna vecina, aunque el jardín de la condesa y el mío estuviesen separados únicamente por una empalizada, delante de la cual había hecho plantar unos cipreses que ya tenían cuatro pies de altura. Una mañana anunció la señora Gobain á la condesa la rara intervención de un vecino original que pensaba levantar una tapia entre los dos jardines. No puedo decirles la curiosidad ardiente que me dominaba, los vehementes deseos que sentía de conocer á la condesa. ¡Ver á la condesa! Esta sola idea hacía palidecer momentáneamente hasta el amor que yo sentía por Amelia. Mi proyecto de edificar una tapia era una horrible amenaza. El jardín llegaría á ser para Honorina una calle de árboles cerrada entre la pared que yo obrase y su pabellón, por lo que respiraría menos aire. Su pabellón, antigua casa de campo, parecía un castillo de naipes; no tenía más de treinta pies de latitud por unos ciento de longitud. La fachada, pintada en estilo alemán, figuraba un enrejado de flores hasta el primer piso, y presentaba un precioso *specimen* de estilo Pompadour con tanta propiedad, denominado *recoco*. Se llegaba allí por una larga hilera de tilos. La señora Gobain había hablado ya de mí á la condesa, así es que ésta preguntó enfadada:—¿Quién es ese vecino floristo?

»—No lo sé, contestó la señora Gobain, creo que no es fácil conquistarle por medio alguno, pues siente un horror invencible hacia las mujeres. Es sobrino de un distinguido prelado de París. No he visto al tío más que una vez, anciano de setenta y cinco años de edad, tan feo como amable. Se dice en nuestros alrededores que el tío fomenta en el sobrino la pasión á las flores, evitando por este medio que se entregue á otras pasiones menos inofensivas.

»—Entonces ¿quién es nuestro vecino? dijo la condesa alzando la cabeza. ¿Es un tronera, un misántropo, ó qué es?

»Los locos tranquilos son los únicos hombres de los cuales no desconfían las mujeres en materia de sentimientos. Verán ustedes, por la continuación de mi relato, cuán bien había pensado el conde al elegirme para representar aquella comedia. En las cercanías de donde habitaba, creían que yo no tenía más que una dulce y poética monomanía, y esta era las *flores*.

»—Pero ¿qué le sucede? insistió la condesa.

»—Ha estudiado demasiado y es un sabio. Y ya que quiere usted saber cuanto se dice de él, le manifestaré que tiene sus razones para odiar á las mujeres, ó al menos para no amarlas.

»—Pues bien, ruéguele usted que venga: los locos me asustan menos que los cuerdos; yo le hablaré, y tal vez le convenza. Si no lo consigo, hablaré al señor cura.

»Al día siguiente de esta conversación, paseándome por el jardín, vi en el primer piso del pabellón vecino descorridas las cortinas de una ventana, tras la cual se hallaba en observación una mujer. La señora Gobain se dirigió á mí. Yo miré bruscamente al pabellón, haciendo un gesto brutal como si dijese: ¿Qué me importa mi vecina?

»—Señora, dijo la Gobain al dar cuenta á la condesa de su embajada, el vecino me ha dicho que le deje tranquilo, que cada uno es dueño de su casa, sobre todo cuando vive sin mujer alguna y en completa soledad.

» —Tiene razón el loco, repuso la condesa.

»—Sí, pero al fin ha concluido por decirme: «Iré». Le he convencido de que si no accedía á verle á usted, haría la desgracia de una persona que vive en la soledad y cuyo único entretenimiento son las flores. Indudablemente, al saber que siente usted también su pasión favorita, ha debido conmoverse.

»Al día siguiente, supe, por una seña de la Gobain, que esperaba mi visita. Después de almorzar, la condesa se paseaba por el jardín; esperé este momento, salté por la empalizada y me dirigí hacia ella. Yo estaba en traje de campo.

»—Condesa, dijo la Gobain, este caballero es vuestro vecino.

»La condesa no se asustó. Empecé á observar á la mujer que tanta curiosidad me inspiraba, ya por la vida especial que hacía, ya por las confidencias del conde. Nos hallábamos en los primeros días del mes de mayo. El aire puro, el cielo azul, el verde

brillante de las primeras hojas y los perfumes primaverales, formaban un cuadro arrebatador. Al ver á Honorina, me expliqué la pasión del conde Octavio y la verdad de este símbolo. Honorina es una flor célica. Su blancura me llamó la atención por su tono particular, pues hay distintos blancos, como hay distintos azules y encarnados. Al mirar á Honorina se detenía la mirada sobre su fina epidermis, á través de la cual se veían filamentos azulados. A la menor emoción su sangre parecía circular más aprisa, bajo el fino tejido de sus venas, como un rosado vapor extendiéndose sobre una capa de nieve. Cuando nos encontramos, los rayos del sol, atravesando por entre las hojas de la acacias, rodeaban á Honorina de ese nimbo dorado muy pálido, que sólo Rafael y Ticiano han sabido pintar alrededor de la Virgen. Sus ojos obscuros expresaban á la vez ternura y alegría; su brillo se reflejaba en el semblante á través de sus largas y sedosas pestañas. Por el movimiento de sus párpados, se leían algunas de sus impresiones, tanto sentimiento, majestad, desprecio ó desesperación había en su manera de levantar ó bajar los párpados, esos velos del alma.

»Podía helaros y encenderos con una mirada. Sus cabellos recogidos en la parte inferior de la cabeza, dejaban descubierta una frente ancha y soñadora, una frente de poeta. Su boca era completamente voluptuosa. Como raro privilegio en Francia y muy común en Italia, todas las líneas y contornos de aquella noble cabeza parecían desafiar al tiempo. Aunque esbelta, Honorina no era demasiado delgada y sus formas me parecieron de esas que despiertan el amor cuando se le cree dormido. Su figura era elegante, suave, dulce, flexible; su voz parecía una caricia. Sus diminutos pies, que resonaban sobre la arena, producían un ruido ligero que le era propio y que armonizaba con el que producía su larga cola, resultando una música femenina que llegaba al corazón y que hacía que Honorina, aun sin ser vista, no pudiera confundirse con mujer alguna. Su porte recordaba sus antiguos hábitos de nobleza: soportaba su nueva situación con digna altivez, con resignación, pero sin abatimiento. Alegre, firme y orgullosa, no se la concebía dotada de otras cualidades: se observaba en ella algo infantil, inexplicable. Pero la niña podía hacerse fuerte como el ángel rebelde, y al ser herida en su amor propio volverse implacable. La frialdad de su expresión podía ser la muerte para aquellos á quienes sus ojos habían sonreído y sus labios besado, para aquellos cuyas almas habían recogido con respeto la melodía de su voz, que prestaba á la palabra la poesía del canto con sus acentos é inflexiones particulares. Al sentir el perfume de violeta que exhalaba, comprendí que le era imposible al conde olvidar á la

mujer que realmente era una flor para el tacto, para la vista, para el olfato y para el alma. Honorina inspiraba abnegación, pero una abnegación caballeresca sin recompensa. Al verla, decía cualquiera: «Tomaos el trabajo de pensar y adivinaré». «Hablad, estoy dispuesto á obedeceros». «Si mi vida perdida en el suplicio es necesaria para un día de ventura vuestra, tomadla; sonreiré como los mártires en la hoguera, pues consagraré ese día á Dios como un homenaje». Muchas mujeres discurren mil cosas para adornarse y embellecerse, y con todo eso no producen la impresión que producía la condesa, á pesar de su abandono en el vestir y de su sencilla naturalidad. Si hablo así, es porque se trata únicamente de su alma, de sus pensamientos, de sus delicadezas de corazón, y por temor á que me reprochen ustedes el no haberlos bosquejado. Me fué preciso olvidar mi papel de hombre descortés y loco y creo que lo olvidé sin intención alguna.

»—Me han dicho, señora, que ama usted mucho el campo, le dije por fin.

»—Soy artista en flores, caballero; soy una sencilla obrera. Después de cultivar las flores, las copio, como una madre que, por saber manejar el pincel, se puede proporcionar el placer de retratar á sus hijos. No necesito decirle que soy pobre, y que, como tal, no me hallo en estado de pagar la concesión que espero de usted.

»—¿Y cómo es que una persona, al parecer tan distinguida y de tan alta clase, ejerce una profesión necesaria á su subsistencia? pregunté con la mayor gravedad y candidez. ¿Tiene usted acaso, cual yo, razones para entregarse al trabajo queriendo distraer su imaginación? ¿ha hecho usted voto de pobreza, ó trabaja por placer?...

»—Quedémonos en la tapia divisoria, contestó graciosamente.

»—Nos hallamos en la fundación de ella, y sería muy bueno conociésemos cuál de los dos es más desgraciado, ó más loco, para decidir cuál de las dos locuras es la que debe ceder el paso á la otra.

»¡Ah! ¡qué mañana tan fresca y deliciosa! Siempre la recuerdo. ¡Qué hermoso jardín! Los inmensos grupos de flores dispuestos en canastillos ó formando macetas, y los ramos de guirnaldas colocados con la ciencia de un floricultor, producían dulces afectos al alma. Aquel jardín llegó á ser, bajo su dirección, un pequeño museo de plantas, cultivadas por un genio artista. El propietario más soez lo hubiera respetado y no lo hubiera destinado á otra cosa. Aquel jardín, silencioso y retirado, exhalaba esencias embriagadoras que inspiraban un encanto, una dicha y una voluptuosidad

inexplicables. Se reconoce el verdadero sello que el carácter imprime á nuestras cosas, cuando no estamos cohibidos por las leyes sociales, que nos hacen ser hipócritas constantemente. Yo miraba alternativamente los narcisos y á la condesa, aunque los narcisos no me interesaban. Temía olvidar mi papel de fanático por las flores.

»—Ama usted mucho las flores, caballero, según he podido observar.

»—Son los únicos seres que no burlan nuestros cuidados y nuestra ternura.

»Hice unas reflexiones tan tristes, estableciendo un paralelo entre la botánica y el mundo, que repentinamente nos encontramos á cien leguas de la pared medianera, objeto de nuestra entrevista. La condesa debió tomarme por un ser desdichado, herido en el alma, y digno de piedad. Sin embargo, en una media hora la condesa me condujo al objeto de nuestra conversación, pues las mujeres cuando no aman tienen una sangre fría extraordinaria.

»—Si deja la empalizada aprenderá usted todos los secretos de la botánica que quiero ocultar, pues busco la dalia azul y la rosa azul con gran empeño: tengo pasión por las flores azules. ¿No es el azul el color favorito de las almas delicadas? Ya que ni uno ni otro estamos en nuestra casa, mejor sería hacer una puertecita al final de una senda que reuniese nuestros jardines. Ama usted las flores; las mías serán suyas y las suyas mías. Usted no recibe á nadie yo no soy visitado más que por mi tío el reverendo cura de Blancs-Manteaux.

»—No quiero conceder á nadie el derecho de entrar en mi jardín á cualquier hora. Venga usted y será recibido como un vecino, con el que quiero vivir en buenas relaciones; pero amo demasiado mi soledad para turbarla con una dependencia cualquiera.

»—Como usted quiera.

»Luego volví á saltar por la empalizada. ¿Para qué necesito una puerta? me dije al verme en mis dominios. Pasaron quince días sin pensar, al parecer, en mi vecina. Hacia fines de mayo, en una hermosa tarde, nos encontramos los dos paseando lentamente alrededor de la empalizada. Fue preciso cambiar algunas palabras de cortesía; ella me encontró tan abatido por el pesar y tan afligido, que resolvió hablarme de esperanzas, dirigiéndome frases dulces y harmoniosas, parecidas á los cantos que emplean las nodrizas para dormir á los niños. Por fin, franqueé la empalizada y me encontré al lado de la condesa. Ésta, compadecida de mis penas, me hizo entrar en su

casa con objeto de calmar mi aflicción. Entré, por fin, en aquel santuario, en el que todo se hallaba en armonía con la mujer que intento describir. Reinaba en todo aquello exquisita sencillez. Aquel pabellón parecía en su interior la caja de bombones inventada en el siglo XVIII para saciar los golosos apetitos de un gran señor. El comedor estaba cubierto de pinturas al fresco, representando mil distintos caprichos de flores trepadoras; la escalera ofrecía encantadoras decoraciones hechas á la aguada; el saloncito que hacía frente al comedor, estaba cubierto por antiguas y ricas tapicerías; después no había más que otra salita, un gabinete, cuarto de baño, gabinete tocador y una biblioteca convertida en taller de florista. La cocina caía debajo de estas habitaciones, para las que había que subir una pequeña escalinata. Aquella mansión parecía el paraíso. Sin la amarga sonrisa que vagaba frecuentemente por los rojos labios de la condesa, y sin su extraña palidez, se hubiera podido creer en la felicidad de aquella violeta oculta en un bosque de flores. Llegamos pronto á tener una gran intimidad, hija de la fe ciega que la condesa tenía en mi indiferencia hacia las mujeres. Una mirada me hubiera comprometido, así es que parecía que jamás cruzaba por mi mente un pensamiento dedicado á ella. Honorina quería ver en mí un antiguo amigo. Sus atenciones eran hijas de la compasión. Sus maneras, sus miradas, su conversación, todo distaba cien leguas de las coqueterías que se hubiera permitido la mujer más serena en un caso semejante. Pronto me concedió el derecho de entrar en el taller de flores. Una mesita cubierta de libros y de curiosidades y adornada como un *boudoir*, hacía resaltar con su elegancia los ordinarios adminículos que para hacer flores contenía. Estos eran pinceles, goma, tijeras, pinzas y otros hierros ó moldes de flores. Sin embargo, la condesa había poetizado el taller. Entre todas las ocupaciones á que se entregan las mujeres, el trabajo de flores artificiales, con sus mil detalles, es el que más permite desenvolver sus gracias. Para pintar las hojas necesita una mujer doblegarse sobre una mesa, y si lo hace graciosamente, aparece encantadora. La tapicería, tal cual lo hace una obrera que gana su vida, suele producir pulmonías y tuerce la espina dorsal. El grabado de planchas en metal es minucioso y exige grandes cuidados. La costura y el bordado fatigan la vista, sin producir treinta sueldos diarios. Pero el trabajo de modas y flores artificiales es elegante y permite una multitud de movimientos y de ideas, que dejan á una mujer distinguida en su esfera: además, esa mujer puede reír, cantar y pensar. Se notaba gran instinto artístico en la manera con que la condesa preparaba en su velador los pétalos, cálices, hojas y alambres necesarios para armar las flores. Las vasijas para los colores estaban muy limpias; un vaso japonés contenía la cola, con un pincel, que al usarlo, nunca manchaba su nívea mano. El latón,

musgo, los hilos y demás, los tenía en un cajón del velador. En una caja guardaba menudo aljófar, gusanillos de luz, mariposas y otros caprichos para adornar las flores. Ella se apasionaba por su trabajo y siempre copiaba lo más difícil. Sus manos, ligeras y diestras, se dirigían de la mesa á las flores con la rapidez con que las mueve un artista sobre el teclado de un piano. Sus dedos parecían los de una hada: medía con la lucidez de su gran instinto cada movimiento, para que correspondiese al resultado que deseaba obtener. Yo la contemplaba extático mientras armaba una flor. Ella copiaba hojas verdes y amarillentas, y desplegaba la mayor fuerza de audacia y genio en sus concepciones, pues hermanaba lo más difícil de hermanar. Inventaba extrañas flores de fantasía, por no estar tomadas del natural. Luchaba con toda clase de flores, desde las más sencillas hasta las más complicadas. «Este arte, me decía, se halla en su infancia todavía. Si los parisienses tuviesen algo del genio que la esclavitud del harem exigía entre las mujeres de Oriente, hubieran creado con las flores, puestas sobre nuestras cabezas, un hermoso lenguaje. Quiero hacer, para calmar mi ambición de artista, flores un poco marchitas, con hojas color bronce florentino, como se encuentran en los campos, antes ó después del invierno. ¡Flores melancólicas y bellas, que podríamos apellidar flores de otoño! Una corona de estas flores, sobre la frente de una joven, envejecida por el dolor, sería muy expresiva. ¿Acaso no hay flores para las bacantes ebrias, para las austeras devotas y para las mujeres dominadas por el tedio? ¡Cuántas cosas puede decir una mujer con sus adornos! La botánica expresa todas las sensaciones y movimientos del alma, todas las ideas y aspiraciones.» Honorina me ocupaba en despegar hojas, en forrar alambre y otros preparativos. Mi deseo de distracción, según ella decía, me hizo hábil. Hablábamos trabajando. Cuando no me daba trabajo, le decía algo, pues yo tenía que desempeñar el papel de hombre frío, gastado, escéptico y rudo. El personaje que yo representaba me valía algunas bromas, pues solía decirme:

»—Se parece usted á lord Byron, á excepción de la cojera.

Otras veces me decía:

»—Es usted misántropo, como Job y Young.

»—Mis secretos pesares, solía decirme, cicatrizarán los de usted.

»No puedo expresar la vergüenza que me causaba, ante esta mujer, el tener que fingir heridas, como los mendigos fingen llagas para inspirar compasión y excitar la caridad. Comprendí pronto la extensión de mi abnegación al calcular la bajeza de mi

espionaje. Las demostraciones de simpatía que yo recibía hubieran consolado al más afligido. Aquella encantadora criatura, alejada del mundo, sola desde tanto tiempo, teniendo, fuera del amor, mil tesoros de afecto que nunca había gastado, me los ofrecía con infantil efusión, con una piedad que hubiera llenado de amargura y desesperación á quien la hubiese amado, porque su afecto era todo compasión, todo caridad. Su desencanto hacia el amor, su incredulidad para todo lo que se llamase felicidad, brillaba en su conversación con sencilla naturalidad. Aquellos días tranquilos y hermosos, me convencieron de que la amistad de algunas mujeres tiene más encanto que el amor. Me dejaba arrancar la confesión de mis fingidas penas, haciendo los mismos dengues que suelen hacer los jóvenes obligados á tocar al piano, sabiendo que el auditorio se ha de aburrir. La necesidad de vencer mi repugnancia para hablar, estrechó nuestro lazo amistoso; ella veía con gusto mi aversión al amor, y parecía causarle cierta alegría el haber encontrado en su isla desierta un ser dotado de aficiones y odios semejantes á los suyos. Tal vez empezaba á fatigarla la soledad. Sin embargo, no ostentaba ninguna coquetería de mujer, ella no se apercibía de que tenía corazón. Vivía en regiones ideales, creadas por su fantasía. Involuntariamente comparaba yo su existencia con la del conde: la de éste, toda actividad, acción y movimiento; la de ella, todo reposo, todo inmovilidad, apatía é inercia. La mujer y el hombre obedecían perfectamente á su naturaleza. Mi misantropía me autorizaba á ciertas frases cínicas, lanzadas contra las mujeres y los hombres, con objeto de llevar á Honorina por esta senda al terreno de las confidencias; pero ella no se dejaba prender en la red y me hacía comprender esa constancia, reserva ó terquedad, mayor de lo que se cree en la mayor parte de las mujeres. «Los orientales tienen razón, le dije un día, al encerrarlas á ustedes, no considerándolas más que como instrumentos de placer. ¡Bien castigada está la Europa por haberles elevado hasta concederles igualdad! Según yo, la mujer es el ser más imperfecto que se puede encontrar. No es más que un animal domesticado. Cuando una mujer ha inspirado una pasión á un hombre, es un ser sagrado para él y se reviste á sus ojos de un privilegio indescriptible. Un hombre guarda siempre reconocimiento hacia una mujer, por la felicidad que le ha proporcionado: si encuentra á su amada vieja ó indigna de él siempre tiene algún derecho sobre su corazón; pero para la mujer, su ex amado no es nada, ó más bien un estorbo No quieren confesarlo, pero todas las mujeres tienen en el fondo del corazón el pensamiento que las calumnias populares llamadas traición, atribuían á la dama de la torre de Nesle: «¡Qué lástima no poderse alimentar de

amor, como se alimenta uno de manjares, y que después de hecha la digestión no quedase más que el recuerdo del placer!»

»—Dios ha reservado la felicidad perfecta para el paraíso. Sus argumentos son ingeniosos, pero faltos. ¿Cuáles son las mujeres que se entregan á varios amores? me preguntó mirándome como la Virgen de Ingres mira á Luis XIII ofreciéndole su reino.

»—Es usted una actriz de buena fe, pues al pronunciar sus ultimas frases, me ha dirigido usted unas miradas que harían la gloria de un artista. Bella y espiritual como es usted ha debido amar, hoy no ama, luego ha *olvidado*.

»—Yo, contestó queriendo eludir mi pregunta, no soy una mujer; imagínese que soy una monja de sesenta años de edad.

»—¿Cómo puede usted afirmar que siente la desgracia con más fuerza que yo, cuando la desgracia en su sexo no tiene más que una forma? las mujeres no cuentan como pesares más que las decepciones del corazón.

»La condesa me miró con aire dulce, haciendo como todas las mujeres que, cogidas entre las dos puertas de un dilema, ó por las uñas de la verdad, insisten en su idea sin confesar lo que sienten.

»—Soy religiosa, repuso, y me habla usted de un mundo en el que no puedo entrar.

»—¿Ni siquiera con el pensamiento?

»—¡No vale la pena! Cuando mi pensamiento vuela, siempre se eleva por encima del mundo... Creo que el ángel de la perfección, el hermoso Gabriel, canta suavemente en mi corazón. Si yo fuese rica y no trabajase, me elevaría con frecuencia sobre las alas diamantinas del ángel y volaría á mundos muy fantásticos. Hay contemplaciones que nos perjudican mucho á las mujeres. Debo á mis flores largas horas de tranquilidad, aunque no siempre sepan ocupar mi pensamiento. Algunos días siento el alma embargada por una inquietud sin objeto; ideas inexplicables se apoderan de mí y parecen detener la ligereza de mis dedos. Creo que se prepara en mi existencia un gran suceso, que mi vida ya á variar notablemente; escucho en el vacío, miro á las tinieblas, me encuentro sin ánimo para trabajar, me distraigo sin saber con qué, y vuelvo después de mil fatigas á la vida de siempre... ¿Será esto algún presentimiento del cielo? Esto acostumbro á preguntarme.

»Después de luchar tres meses con la diplomacia oculta bajo una expresión de melancolía juvenil, y con una mujer, á la cual el desencanto hacía invencible, dije al conde que era imposible hacer salir á aquella tortuga de su concha, sin romper la cáscara. Un día, en otra discusión amistosa, la condesa exclamó:

»—Lucrecia escribió con su mano y su sangre la primera palabra de la cartilla de las mujeres: *¡Libertad!*

»E1 conde me dio carta blanca para obrar.

»Un sábado por la noche encontré á la condesa en el saloncito, donde me recibía, cuando no se hallaba en su pequeño taller.

»—He vendido esta semana en cien francos las flores y los adornos que he hecho, me dijo alegremente.

»Eran las diez. Un ambiente de julio y una luna clarísima nos envolvía con sus rayos. Ráfagas de perfumes acariciaban nuestras almas; la condesa hacía resonar las cinco monedas de oro que un comisionista en flores, buscado por el conde, había entregado á la Gobain.

»—¡Qué inmensa dicha para la mujer, dijo la condesa, es ganarse la vida por medio del trabajo y hacerse libre é independiente, cuando las leyes de los hombres han querido hacernos esclavas! Todos los sábados siento hasta excesos de orgullo. ¡Ganarse la vida, qué placer!

»—Esa no es la misión de la mujer.

»—Yo no soy una mujer, soy un muchacho dotado de alma tierna, pero un muchacho al cual las mujeres no pueden atormentar.

»—La existencia de usted es la negación de su naturaleza. ¿Cómo usted, en quien Dios ha derramado sus tesoros de hermosura y amor, no anhela... ?

»—¿Qué? preguntó inquieta por una frase que desmentía un poco mi papel.

»—¿E1 qué? Un lindo niño de rubios cabellos, qué, yendo y viniendo entre sus flores, como una flor de vida y amor, le dijera tiernamente: Mamá, dame un beso.

»Esperé contestación. Aunque la curiosidad no me permitía ver el efecto causado por mis palabras, su silencio demasiado prolongado, me hizo comprender que el efecto había sido terrible. Reclinada en su diván, la condesa estaba fría y presa de un

ataque de nervios: parecía ligeramente desvanecida por un sutil veneno. Llamé á la Gobain, y entre los dos condujimos á Honorina á su dormitorio: la Gobain la desnudó, le aplicó algunas sales y la volvió, más que á la vida, al sentimiento de un profundo dolor. Yo entretanto me paseaba llorando por los pasillos, dudando de mi éxito. La Gobain me encontró con los ojos llenos de lágrimas, y al verme así, se dirigió á la condesa y le preguntó:

»— Señora, ¿qué sucede? El señor Mauricio llora como un niño.

«Estimulada Honorina por la interpretación que á nuestra actitud pudiera darse, hizo un esfuerzo sobrehumano, se puso una bata blanca y se dirigió hacia donde yo me hallaba.

»—Mauricio, usted no es la causa de mi desvanecimiento, sufro espasmos y violentas palpitaciones de corazón.

»—¿Y quiere usted ocultarme sus pesares? le dije enjugando mis lágrimas y con un acento dulcísimo. ¿No acabo de comprender por el accidente de hoy y por sus suspiros, cuando se habla de niños, que ha sido usted madre y que tiene la desgracia de no serlo ya?

»— ¡María! gritó bruscamente tocando la campanilla.

»La Gobain se presentó.

»—Luz y té, le dijo imperiosamente con la sangre fría de una orgullosa lady.

»Cuando la Gobain encendió las bujías y cerró las persianas, Honorina presentó una fisonomía muda; su arranque de ferocidad se había dulcificado; en seguida me preguntó:

»—¿Sabe usted por qué me gusta tanto lord Byron? Porque ha sufrido ferozmente. ¡La queja es ridícula, cuando no es una elegía como la de Manfredo, una ironía dolorosa como la de Don Juan, ó un delirio como el de Childe Harold! Nadie sabrá nada de mí. Mi corazón es un poema que sólo Dios leerá.

»—Si yo quisiera... dije.

»—Sí, repitió ella.

»—No me intereso por nada, no soy curioso; pero si yo quisiera, sabría mañana mismo todos sus secretos.

»—Le desafío á usted á ello, me dijo con una ansiedad mal disfrazada.

»—¿En serio?

»— Naturalmente, quiero saber si ese crimen es posible.

»—Sus delicadas manos indican que no están avezadas al trabajo. Además, no se llama usted señorita Gobain, pues el otro día, al leer el sobre de una carta, dijo usted distraída: «Toma María, esta carta es para ti.» María es la verdadera Gobain. De modo que oculta usted su nombre; señora, no lo debe temer de mí. Tiene usted en mí el amigo más adicto que... Amigo, verdadero amigo. Entiéndalo bien, doy á esta santa palabra su verdadera acepción, tan profanada en Francia, donde llamamos lo mismo á nuestros enemigos. Este amigo que la defenderá contra todo, desea verla feliz como merece usted serlo. Tal vez el dolor que le causé á usted involuntariamente, fué una de mis pruebas...

»—Sí, dijo ella con una audacia amenazadora, sea usted curioso y dígame todo lo que pueda saber acerca de mí; pero... está usted obligado á decirme por qué medios ha sabido cuanto me concierne. La conservación de la escasa felicidad que aquí disfruto, depende de sus frases.

»—Esto quiere decir, que huiría usted...

»—Alzaría mi vuelo á otros mundos.

»—En los cuales estaría usted á merced de las pasiones delicadas y brutales que podría usted inspirar. El genio y la belleza brillan y atraen las miradas. París es un desierto sin beduinos, es el único país donde es fácil ocultarse cuando uno vive de su trabajo. ¿Qué soy para usted? Un servidor más; soy el señor Gobain, eso es todo. No se puede usted quejar. Si tiene usted que sostener algún duelo, un testigo puede serle útil.

»—No me importa que sepa usted quién soy, es más, lo quiero.

»—Pues bien, mañana á estas horas le diré lo que haya descubierto. Pero no me tome usted odio. ¿Obrará usted como las demás mujeres?

»—¿Qué hacen?

»—Nos ordenan numerosos sacrificios, y después que los hemos hecho, nos los reprochan como una injuria.

»—Tienen razón, si lo que han pedido les ha parecido á ustedes sacrificio, dijo con gran malicia.

»—Cambie usted la palabra sacrificio, por la palabra esfuerzo, y...

»—Tal vez será una impertinencia.

»—Perdone usted, olvidaba que la mujer y el Papa son infalibles.

»—Dios mío, dos palabras solas podrían turbar esta paz tan querida que disfruto, valiéndome del engaño. ¿Dónde iría entonces? Sería preciso dejar esta hermosa mansión, arreglada para terminar en ella mis días dulcemente.

»—¡Acabar aquí sus días! le dije con marcado espanto. ¿No ha pensado usted en que puede llegar un momento en que no tenga trabajo?

»—Tengo economizados ya mil escudos.

»—¡Cuántas privaciones representa esa cantidad!

«—Hasta mañana. Déjeme usted ya. Quiero estar sola. Necesito reunir fuerzas por si llegan días menos venturosos. Hasta mañana.

»—Mañana el combate, dije sonriendo para que esta escena tuviese un carácter de broma. Mañana el combate, salí diciendo por los pasillos; y al visitar después al conde en el bulevar, le oí decir también:

»— *Mañana el combate.*

»La ansiedad de Octavio igualaba á la de Honorina. El conde y yo nos paseamos hasta las dos de la mañana por delante de los fosos de la Bastilla, como dos generales que, en vísperas de una batalla, miden el terreno y estudian los menores detalles, reflexionando que de una casualidad puede depender el triunfo. Estos dos seres, separados violentamente, velaban, el uno por la esperanza, el otro por la angustia. ¡Qué noche para los dos! Los dramas de la vida no dependen de las circunstancias, sino de los sentimientos; se desenvuelven en el corazón ó en ese mundo inmenso que podemos denominar *mundo espiritual*. Octavio y Honorina viven únicamente en ese mundo espiritual. Fuí exacto. A las diez de la noche me recibió por primara vez en su tocador, nido azul y blanco que parecía encantado. La condesa me miró, quiso hablarme y se detuvo asombrada de mi expresión seria y respetuosa.

»—Señora condesa, le dije sonriendo.

»La pobre mujer, que se había levantado, cayó sobre su sillón, y quedó sentada en una actitud tan dolorosa, que hubiera inspirado á un pintor.

»—Es usted, dije continuando, la mujer del más noble y más considerado de los hombres, de un hombre á quien consideran grande y que lo es más de lo que el mundo cree. Usted y él son dos grandes caracteres. ¿Dónde cree usted hallarse?

»—En mi casa, contestó abriendo los ojos y con mirada fija y asombrada.

»—Se halla usted en casa del conde Octavio. Está usted engañada al creer otra cosa. El señor Lenormand no es el amo de este pabellón, este nombre es falso y oculta el del conde. La admirable tranquilidad de que disfruta usted es obra del conde; el dinero que cree usted ganar, viene de él, cuya protección alcanza hasta á los menores cuidados de su vida de usted. Su marido la ha rehabilitado á usted en el concepto del mundo, ha justificado su ausencia, diciendo que se embarcó usted en el vapor *Cecilia* que naufragó, que fue usted á la Habana con una parienta para recoger una herencia, que no supo de usted en mucho tiempo, y que, por fin, después de mil peripecias, le ha escrito usted dándole esperanzas. El conde ha tomado, para ocultarle á usted, más precauciones que usted misma, él le obedece...

»—Basta, no quiero saber más que una sola cosa: ¿por quién sabe usted estos detalles?

»—Señora, mi tío ha colocado en casa del comisario de policía de estos contornos á un joven sin fortuna con el cargo de secretario. Este hombre me lo ha dicho todo. Si deja usted el pabellón hoy mismo, furtivamente, su marido sabrá dónde va usted y su protección le seguirá á usted á todas partes. ¿Cómo ha podido creer una mujer de talento que los comerciantes le compraban las flores á tan alto precio? Pida usted mil escudos por un ramo, los obtendrá. Jamás ha sido la ternura de una madre tan ingeniosa como la de su marido. He sabido que el conde viene frecuentemente á contemplar la luz de su lámpara, de noche. El gran chal que le vendieron á usted como usado, le costó al conde tres mil francos. En fin, ha sido usted hasta ahora una Venus en las redes de Vulcano; pero ha estado usted presa, completamente sola, presa por la sublime generosidad de un hombre honrado.

»La condesa temblaba como tiembla una golondrina que, sujeta por el cuello, nos dirige miradas moribundas. Agitada por una convulsión nerviosa, me miraba con gran desconfianza. Sus ojos, secos, arrojaban miradas abrasadoras; pero al fin, fué mujer... y dejó correr sus lágrimas. Mas no lloró por hallarse enternecida, lloró de rabia,

de impotencia, de desesperación. Ella quería ser independiente y libre, el matrimonio le pesaba como á un cautivo su prisión.

»—Ya que me obligan, dijo, iré donde nadie pueda seguirme.

»—¿Quiere usted matarse? Señora, debe usted tener razones muy poderosas para huir del conde Octavio.

»—Ciertamente.

»—Pues bien, dígame esas razones, dígaselas al menos á mi tío. Si mi tío es sacerdote en el confesionario, no lo es en el salón. La escucharemos á usted con la mayor atención, buscaremos solución á los problemas que la agobian, y si ha sido usted víctima hasta ahora, bien pronto dejará de serlo. Su alma me parece pura, pero si ha cometido usted alguna culpa, bastante expiada está... Crea usted que tiene en mí un hermano. Si quiere usted sustraerse á la tiranía del conde, le daré á usted medios y no la encontrará jamás.

»—¡Oh! sí, existe el convento.

»—Sí, pero el conde es ministro de Estado y hará que no la admitan á usted en ninguno. Por muy poderoso que sea el conde, sabré librarla á usted de él, después que me demuestre que no puede usted, que no debe usted volver á él. No tema usted que al huir de su poder caiga en el mío, le dije al observar la altanera mirada que me dirigió, mirada llena de altivez y de desconfianza. Tendrá usted paz, soledad é independencia; será usted tan respetada como si fuese vieja, fea y antipática. No podré verla á usted sin su consentimiento.

»—¿Y cómo? ¿por qué medios?

»—Señora, ese es mi secreto. No la engaño á usted, esté segura de ello. Demuéstreme que esta vida es la única que puede llevar, que la prefiere usted á la vida de la condesa Octavio, rica, considerada, amada de su esposo, tal vez madre feliz... y la complaceré á usted.

»—¿Existe un hombre capaz de comprenderme y de juzgarme?

»—Llamaremos á la religión en su auxilio. El cura de Blancs-Manteaux es un santo, de setenta y cinco años de edad. Mi tío no es el gran inquisidor, mi tío es san Juan; pero se convertirá en Fenelón para usted, en el Fenelón que decía el duque de Borgaña: «Comed un carnero en viernes, pero sed cristianos.»

»—El convento debe ser mi último recurso y mi postrer asilo. Sólo Dios me puede comprender. Ningún hombre ni el mismo san Agustín, el más tierno de los padres de la Iglesia, podrá penetrar en los escrúpulos de mi conciencia, que son para mí los círculos estrechos del *Infierno* de Dante. Otro hombre, por indigno que fuese de él, hubiera tenido todo mi amor; el conde no lo ha tenido porque no se lo ha tomado; se lo entregué, como una madre da á su hijo un juguete maravilloso, y él hizo lo que el niño con el juguete... No había dos amores para mí. El amor en ciertas almas no es un ensayo, *existe* ó *no existe*. Cuando se muestra cuando se levanta, es completo. Aquella vida de diez y ocho meses me ha parecido de diez y ocho siglos. Empleé todas las facultades de mi ser en mi ventura, y no la pude lograr. La copa de la felicidad no estaba vacía para nosotros, estaba vaciada . Nadie puede llenarla cuando se ha roto. Estoy fuera de combate, no tengo armas. Después de todo, ¿qué soy? El resto de un festín. No me han dado más que un hombre, como no tengo más que un corazón; mi marido tuvo en su casa á la joven inocente, un indigno amante ha tenido á la mujer; no queda nada ya. Dejarme amar, he aquí la gran palabra que va usted á pronunciar. ¡Oh! ¡eso es imposible! Soy algo todavía, me estimo en mucho, y me sublevo á la idea de prostituir mis sentimientos. Sí, he visto claro á la luz del incendio, y ¡cosa rara! hasta concibo ceder al amor de otro hombre, pero al de Octavio, nunca.

»—Entonces, le ama usted.

»—Le estimo, le respeto, le venero, no me ha hecho daño alguno, es bueno y tierno, pero no puedo ya amar... No hablemos más de esto. Por escrito le haré conocer mis ideas acerca de este asunto, pues en estos momentos me ahogo, tengo fiebre, tengo los pies en las cenizas de una hoguera. Todo lo veo; estas cosas que creía conquistadas por mi trabajo, me recuerdan lo que quisiera olvidar. Quisiera huir de aquí como huí de mi casa.

»—¿Dónde iría usted? ¿Puede existir una mujer sin protector? A los treinta años, en todo el esplendor de la belleza, rica en fuerzas que no sospecha usted, tierna y dulce quiere usted ocultarse en un desierto. Esté usted tranquila: el conde no la ha molestado á usted hasta ahora con su presencia, no la verá á usted si usted no se lo permite. Tiene usted de garantía su sublime vida en estos nueve años transcurridos. Puede usted resolver tranquila, con mi tío y conmigo, acerca de su porvenir. Mi tío es también poderoso cual un hombre de Estado. Cálmese, no exagere su desgracia. Un hombre que ha encanecido en el santo ejercicio de su sacerdocio no es un mito; será usted

comprendida perfectamente por el hombre al que le están confiadas hace cincuenta años las pasiones de todas las criaturas, y que tiene en sus manos los corazones de los príncipes y los reyes. Si es severo bajo la estola, ante las flores de usted será dulce cual ellas é indulgente como su divino Maestro.

»Dejé á la condesa cerca de las doce, y quedó tranquila en apariencia, pero sombría y en disposiciones secretas, que ni la más fina perspicacia podía adivinar. Encontré al conde á algunos pasos de distancia, en la calle de Saint-Maur, habiendo dejado el lugar donde debíamos vernos, porque la impaciencia le devoraba.

»—¡Qué noche pasará la pobre mujer! me dijo después de haberle referido la escena que había ocurrido ¡Si yo fuese, si me viese repentinamente!

»—Sería capaz de arrojarse por la ventana, le contesté. La condesa es de esas Lucrecias que no sobreviven á una violencia, aunque ésta venga de un hombre al cual se entregarían.

»—Es usted demasiado joven, y no sabe que la voluntad de un alma agitada por tan crueles indecisiones, es como la ola de un mar tempestuoso, el viento cambia á cada momento y la ola tan pronto está en una orilla como en otra. Esta noche tendrá mil alternativas; tan posible sería que se echase en mis brazos si me viera, como que se arrojase por la ventana.

»—¿Y aceptaría usted esta expuesta alternativa?

»—Tengo en casa, para poder esperar hasta mañana á la noche, una dosis de opio que Desplein me ha preparado á fin de poder dormir sin peligro.

»Al día siguiente, á las doce, la Gobain me llevó una carta de la condesa, diciéndome que ésta no había dormido en toda la noche y que, por fin, había tomado un calmante, y se había acostado á las seis de la mañana.»

—Vea usted esta carta, dijo el cónsul dirigiéndose á Camila Maupín; he guardado una copia por curiosidad: usted conoce los secretos del arte, los giros del estilo y los esfuerzos de muchos escritores á los cuales no falta habilidad en sus composiciones; pero reconocerá usted que la literatura no podría encontrar escritos tales en sus entrañas postizas y que no hay nada tan conmovedor como la verdad.

Vean ustedes lo que escribía aquella mujer, ó, más bien, aquella estatua animada por el dolor:

«Mauricio: Sé todo lo que su tío podría decirme, pues él no sabe más que mi conciencia. La conciencia es en nosotros la paz de Dios. Sé que si no me reconcilio con el conde Octavio, me condenaré: tal es la ley religiosa; sé que hasta la ley civil me ordena la obediencia á mi marido. Si mi marido no me rechaza, es inútil decir que el mundo me considera pura y virtuosa, aunque no lo sea. Sí, el matrimonio tiene eso de sublime; la sociedad ratifica el perdón del marido; pero ella ha olvidado que es preciso que el perdón sea aceptado. Legalmente, socialmente, religiosamente, debo volver al lado de Octavio. Ateniéndonos á esto mismo, hay alguna crueldad en negarle su deseo y en privarle del placer de ser padre, y hasta borrar su apellido del libro de oro en que podría hallarse inscripto con la dignidad de par. Mis dolores, mis repugnancias, todo mi egoísmo (pues me siento egoísta) deben ser inmolados á la familia. Tal vez seré madre, las caricias de mis hijos secarán mi llanto, seré respetada, pasaré por la calle altiva y soberbia en lujoso tren y hasta recibiré gentes, tendré un elegante palacio y seré la reina de tantas fiestas como semanas tiene el año. El mundo me acogerá bien, de manera que la ley, la sociedad y Dios, todo está de acuerdo en mi favor. ¿Contra qué se subleva usted? Esto me preguntan el cielo y el tribunal cuya augusta intervención invocará necesariamente el conde. Su tío de usted me hablará de una gracia celeste, que inundará de alegría mi corazón por haber cumplido con mi deber. Dios, la ley, el mundo y mi marido disponen que viva con él. Pues bien, aunque no haya otras dificultades, mi contestación las crea: *no podría yo vivir*. Volvería á ser muy blanca, muy inocente, muy pura, porque estaría en mi ataúd, adornada de la palidez irreprochable de la muerte. No hay en esto la menor obstinación. Esta terquedad de que un día me acusó usted, es en la mujer el resultado de una incertidumbre, es un presentimiento del porvenir. Si mi marido tiene la generosidad de olvidarlo todo por el amor, yo no puedo olvidarlo. ¿Depende de nosotros el olvido? Cuando una viuda se casa, el amor la convierte en soltera y borra su pasado; pero yo no puedo amar al conde. Todo depende de eso. Cada vez que el conde me mire, veré en sus miradas mi culpa, aunque éstas estén llenas de amor. La grandeza de su generosidad me hará presente la magnitud de mi crimen. Mis miradas inquietas leerán siempre una sentencia invisible. Tendré en el corazón recuerdos confusos que se combatirán. Jamás el matrimonio despertará en mí los delirios de la pasión; mataré á mi marido con mi frialdad y con las comparaciones que adivinará en el fondo de mi conciencia. El día en que yo vea una arruga en la frente de mi marido, una mirada triste ó un gesto imperceptible, calcularé que es un reproche involuntario, pero comprimido; nada me detendrá, me abriré la cabeza con una piedra

que me parecerá menos dura que mi mando. Mi susceptibilidad será la causa de una muerte inmediata. Tal vez tomaría una prueba de amor por una prueba de desprecio. ¡Qué doble suplicio! Octavio dudaría de mí constantemente y yo de él. Le ofrecería, sin darme cuenta, un rival indigno de él, un hombre que desprecio, pero que me ha hecho conocer voluptuosidades grabadas con caracteres de fuego y de las que me avergüenzo sin olvidarlas. Creo que le abro á usted bastante mi corazón. Nadie puede probarme que el amor renace, pues ni quiero ni puedo aceptar el amor de nadie. Una soltera, cuando cae, es una flor que han arrancado de su tallo; pero una casada es una flor que han hollado con los pies. Usted es floricultor, y bien sabe que no es posible enderezar un tallo, reanimar el color marchito, volver á hacer circular la savia por los delicados tubos de una flor. Todo el poder ó fuerza negativa de ella depende de su perfecta rectitud. Si algún botánico supiese dar vida á una flor marchita, sería igual á Dios. Sólo Dios *puede* rejuvenecer moralmente. Bebo la amarga copa de la expiación, pero *expiar* no es *borrar*. En mi pabellón como un pan amasado con mis lágrimas, pero lo como sola, nadie me ve llorar. Entrar en casa del conde es renunciar á mis lágrimas, porque éstas le ofenderían. ¡Cuántas virtudes se necesita pisotear para entregarse á un marido al cual hemos engañado! Dios solo puede contarlas, porque sólo él puede comprender esas horribles delicadezas del alma, que deben hacer palidecer hasta á los ángeles. Iré más lejos. Una mujer tiene valor ante el marido que ignora su culpa, despliega en sus hipocresías una fuerza salvaje y le engaña para no hacerle desventurado; pero tener ambos la certidumbre, es *envilecerse*. Yo tendría humillaciones en lugar de éxtasis. Octavio no encontraría en mí perversión, pero el matrimonio está fundado en la estimación, en los sacrificios hechos por una y otra parte: ni Octavio ni yo podemos estimarnos al día siguiente de habernos reunido. Yo veré en su amor el amor de un viejo hacia una cortesana, y me creeré deshonrada, tendré la vergüenza perpetua de ser una cosa en lugar de ser una señora. Yo no sería en su casa la virtud, sino el placer. Vea usted los amargos frutos de una falta. En mi lecho conyugal me revolcaría como en un lecho del infierno. Aquí tengo horas de tranquilidad, y hasta horas de olvido; pero en mi palacio todo me recordaría la culpa que manchaba mi traje de desposada. Cuando sufro aquí, bendigo mis sufrimientos y le doy á Dios *mil gracias*; pero á su lado estaría llena de espanto. Esto no son vanas frases, esto es el sentimiento de un alma grande, herida hace siete años por el dolor. En fin, ¿debo hacerle á usted una confesión todavía más horrible? Voy á hacerla, y que me sirva de expiación. Me siento siempre las entrañas mordidas por un niño concebido en la embriaguez de la alegría, en la fe de la felicidad,

por un niño que he alimentado siete meses y del cual me veo embarazada para toda mi vida. Si nuevos hijos se alimentasen en mi seno, beberían una leche mezclada de lágrimas que se les volvería acíbar. Tengo una apariencia grande de ligereza y sencillez y le he parecido á usted siempre niña; sí, sí, tengo la memoria de esa niña, esa memoria que nos acompaña hasta el borde de la tumba. Ya lo ve usted, todas las situaciones son falsas en esa bella existencia, á la que quieren conducirme el mundo y el amor de mi marido; por doquiera encontraría abrojos y abismos, en los que rodaría despedazada por agudas espinas. Hace cinco años que viajé mentalmente por las riberas de mi porvenir, sin encontrar un sitio cómodo para el arrepentimiento que invade mi alma. La religión tiene sus contestaciones, y las sé de memoria. Estos sufrimientos, estas dificultades son mi castigo, y Dios me dará las fuerzas para soportarlos. Esta es una razón para las almas piadosas, dotadas de una energía que me falta. Entre un infierno en que Dios no me permitiera bendecirle, y un infierno al lado del conde, la elección está hecha.

»Una palabra más: el conde sería todavía aceptado por mí si yo fuese soltera, teniendo mi experiencia actual; pero no quiero ruborizarme ante ese hombre. Yo estaría siempre de rodillas y él siempre de pie, y no podría suceder otra cosa, porque si así no fuese, le encontraría despreciable. No quiero ser tratada por él de otro modo, á causa de mi culpa. Ciertas cosas que no se pueden permitir los esposos, cuando ambos son irreprochables, no podrían existir entre nosotros. Octavio es delicadísimo, lo sé; pero no hay en esa alma, por grande que sea, nada viril. No tengo garantías para la nueva existencia que llevaría á su lado. Dígame usted ahora dónde puedo encontrar el silencio, la calma y la soledad amiga de las desgracias irreparables, esa soledad para la calma que usted me ha ofrecido.»

«Después de haber sacado copia de esta carta, continuó el cónsul, me dirigí á la calle de Payenne. La inquietud había vencido al opio. Octavio se paseaba por el jardín y parecía un enajenado.

»—Responda usted á esto, le dije al entregarle la carta de su mujer.

»Pareció sonrojarse al observar que yo contemplaba su emoción.

»—¡Es mía! exclamó el conde con una radiante expresión de dicha.

»Me indicó que le dejase solo; yo comprendí que el excesivo dolor, lo mismo que la felicidad, obedecen á las mismas leyes, y me fui á recibir á la señora de Courteville y á su hija Amelia, que comían aquel día con el conde. Por bella que fuese

aquella señorita, comprendí que el amor tiene muchas fases y que son pocas las mujeres que nos inspiran un amor completo. Comparando involuntariamente á Honorina con Amelia, encontraba yo más encantos en la mujer culpable que en la niña inocente. Para Honorina, la felicidad no era ya un deber, sino la fatalidad del corazón; mientras que Amelia iba á pronunciar, con aire sereno, votos solemnes, que no sabía si podría cumplir. La mujer aniquilada, casi muerta, y pecadora, me parecía sublime: ella despertaba generosidades en el corazón del hombre, ella conmovía, tenía el poder de mil recursos hijos de la experiencia, ella ponía un entorpecimiento á la felicidad; mientras que Amelia, casta y pura, iba á encerrarse en una maternidad vulgar, en una existencia apacible, en que yo no había de encontrar ni lucha ni victoria. Entre una llanura florida y los Alpes nevados y tempestuosos, pero sublimes, ¿cuál es el joven que sabe elegir la llanura? Tales comparaciones son fatales para un hombre inexperto. Es necesario conocer mucho la vida para comprender que la familia excluye la pasión y que el matrimonio no puede tener por base un amor tempestuoso. Después de haber soñado el amor imposible, con sus innumerables encantos de fantasía, después de haber saboreado sus delicias, tenía ante mi vista una modesta realidad. ¡Qué queréis! ¡sentí esa debilidad! Por fin, tomé una enérgica resolución: fui á encontrar al conde, valiéndome de un pretexto de momento, y observé que había rejuvenecido con el reflejo de sus esperanzas.

»—¿Qué tiene usted, Mauricio? me preguntó al apercibirse de la alteración de mi fisonomía.

»—Señor conde...

»—¿Qué es eso? ¿ya no me llama usted Octavio, usted á quien deberé la vida y la felicidad?

»—Querido Octavio, espero que conseguirá usted su intento, un lisonjero éxito coronará sus trabajos, he estudiado bien á la condesa y creo que no me equivoco.

»E1 conde me miró de un modo extraño. Yo continué haciendo un esfuerzo:

»—Ella no debe saber nunca que Mauricio ha sido el secretario de usted; no pronuncie usted jamás mi nombre, procure usted que nadie se lo recuerde, pues de otro modo, todo se perderá... Me ha dado usted un alto cargo entre los magistrados de París; pues bien, sáqueme una plaza de diplomático para el extranjero, un consulado me

agradará, y no piense usted en casarme con Amelia. Quede usted tranquilo, añadí al verle hacer un extraño movimiento, llegaré hasta el fin de mi papel.

»—¡Pobre niño!... me dijo tomándome las manos, estrechándomelas y conteniendo las lágrimas que brotaban de su alma y que asomaban á sus ojos.

»—Usted me dio guantes de hierro, no me los puse, y las manos se han abrasado: he aquí lo que ocurre.

«Convinimos en lo que debía yo hacer la noche que volviese al pabellón. Nos hallábamos en agosto: el día había sido cálido y tempestuoso; pero la tempestad estaba en el aire, el cielo parecía de cobre, el perfume de las flores era denso y pesado. Yo me encontraba como en una estufa, y me vi sorprendido por el deseo de que la condesa hubiera partido para las Indias; pero ella estaba en su pabellón, vestida de blanco, con cintas azules, peinada con bucles que flotaban sobre sus hombros, sentada en un banco de madera construído en forma de canapé, bajo un florido cenador: no se levantó al verme y me indicó que me sentase á su lado.

»—¿No es verdad, me dijo, que la vida no tiene para mí ninguna senda abierta y clara?

»—La vida que se empeña usted en hacer, no la tiene; pero la que yo quiero que haga usted, puede conducirla todavía á la felicidad.

»—¿Cómo? me dijo con creciente ansiedad interrogándome con los ojos, la expresión y la palabra.

»—La carta que me ha escrito usted se halla en poder del conde.

»Honorina se enderezó como una corza sorprendida; anduvo por el jardín en distintas direcciones, se sentó en el suelo desalentada, se levantó y se fué á su saloncito, donde la dejé sola el tiempo que calculé necesario para que se repusiese del violento golpe que, moralmente, le había yo dado.

»—Usted no es amigo mío, me dijo al verme, usted es un espía del conde. El instinto nuestro equivale á la perspicacia de ustedes.

»—Era necesaria una contestación á su carta, y no había más que un hombre en el mundo capaz de escribirla... Leerá usted la carta, querida condesa, y si no se encuentra usted mejor después de su lectura, el espía le probará á usted que es amigo suyo, porque la conduciré á un convento al cual no llegue el poder del conde; pero antes

de ir, haga usted lo que le digo, aunque le desagrade hacerlo. Hay una ley humana y divina á la cual debe ceder el odio; ésta ordena no condenar sin oír la defensa. Hasta ahora ha condenado usted como los niños, tapándose los oídos. La abnegación de su mando exige de usted que lea su carta. Le he transmitido por mi tío la copia de su carta de usted, y mi tío le ha preguntado cuál sería su contestación si su mujer le hubiera dirigido una carta igual. De este modo no está usted comprometida. El buen anciano traerá la carta del conde; ante él y ante mí está usted obligada, por dignidad, á leer la carta, de lo contrario, aparecerá usted cual una niña ridícula y mal educada. Hará usted este sacrificio ante Dios, el mundo y la ley.

»Como no vio en esta condescendencia ningún ataque á su voluntad de mujer, consintió. Todo el trabajo de cinco meses quedaba solidificado en aquel momento. Pero las pirámides ¿no terminan en una punta, en la cual se pone un pájaro?... El conde fundaba todas sus esperanzas en esta hora suprema, y ya había llegado. No encuentro en toda mi vida nada tan imponente como la entrada de mi tío en el salón Pompadour de la condesa, á las diez de la noche. La blanca cabellera de mi tío, puesta de relieve por un traje negro, y su aspecto grave y dulce, debieron producir un efecto mágico en la condesa Honorina; experimentó el consuelo que produce el bálsamo en las heridas, y se vio alumbrada, sin saberlo, por un reflejo de la virtud brillante de mi venerable tío.

»—El señor cura de Blancs-Manteaux, anunció la señora Gobain.

»—¿Viene usted, querido tío, le dije, con un mensaje de paz y felicidad?

»—Se encuentra siempre la dicha y la paz observando los mandamientos de la Iglesia, contestó mi tío presentando á la condesa la siguiente carta, después de haber cruzado breves palabras con Honorina:

«Mi querida Honorina: Si me hubiese usted hecho el obsequio de no dudar de mí, si hubiese usted leído la carta que le escribí hace cinco años, se hubiera usted evitado trabajos y privaciones que me han desconsolado. Le propuse un pacto, cuyas estipulaciones destruyesen todos sus temores, haciendo posible nuestra vida común. Tengo grandes reproches que hacerme, y en estos siete años pasados, he expiado mis culpas. Me acuso de haber comprendido mal el matrimonio. No supe adivinar el peligro, cuando éste nos amenazó. Había un ángel en mi casa, y Dios me había dicho: «Guárdalo bien». Dios ha castigado la temeridad de mi confianza. Usted no puede dar un solo golpe sin herirme á mí. Gracia para mí, Honorina. Había comprendido tan bien las

susceptibilidades de usted, que no pensé en llevarla á usted al palacio de la calle de Payenne, en el cual pude vivir solo, pero el cual no podría ver en su compañía de usted. He decorado con gusto otra casa en el barrio de Saint-Honoré, á la que mi ilusión ha llevado, no ya una mujer entregada á mí por la ignorancia de la vida, ó adquirida por la ley, sino una hermana que me permitirá depositar sobre su frente un beso paternal, que acompaña á la bendición de un padre cariñoso. ¿Me privará usted del derecho que he sabido conquistarme velando cerca de usted y atendiendo á sus más leves caprichos? Las mujeres tienen para ellas un corazón lleno de disculpas, el de sus madres: usted no ha conocido otra madre que la mía, que es la que la hubiera atraído á usted hacia mí; pero ¿cómo no ha adivinado usted que tengo para usted el corazón de su madre y la mía? Mi afecto hacia usted es inconmensurable, de esos afectos que desafían al tiempo y á la muerte. ¿Por quién toma usted al compañero de su infancia, al creerle capaz de aceptar besos de labios temerosos é inquietos? No quiero de usted tal sacrificio. No tema usted oír los lamentos de una pasión mendigante el venir á mi lado, le aseguro que disfrutará completa libertad. Su orgullo ha exagerado en la soledad todas las dificultades: puede usted ligarse á la vida de un hermano, ó de un padre, sin lágrimas ni sonrisas si así lo quiere usted; pero jamás encontrará á su alrededor ni burlas, ni frialdad, ni la menor duda acerca de sus intenciones. El calor de la atmósfera en que vivirá usted, será siempre igual, dulce y suave; ninguna tempestad se desencadenará sobre la frente de usted. Si más tarde, después de convencerse de que se halla en su casa, como en su pabellón, quiere usted introducir en ellos otros elementos de felicidad ó de distracción, los podrá elegir á su gusto. La ternura de una madre no tiene desdén ni compasión: ¿qué lo hace? el amor, mi deseo. Pues á mi lado, la admiración hacia usted ocultará todos los sentimientos, en los cuales pudiera usted suponer ofensas. De este modo podremos encontrarnos los dos nobles, el uno al lado del otro. A su lado, el afecto paternal, ó el dulce afecto de una amiga, satisfarán la ambición del que quiere ser su compañero, y podrá usted medir su pasión, por los esfuerzos que hará para ocultársela. No tendremos, ni el uno ni el otro celos por nuestro pasado, pues tendremos los dos bastante talento para mirar siempre el porvenir. De modo que se encontrará usted en el nuevo palacio como en su pabellón: inviolable, sola, ocupada en lo que guste, dirigida por sus propias leyes. Tendrá usted de más la protección legítima, la consideración que tanto brillo da á las mujeres, y la fortuna que le permitirá practicar obras de caridad. Honorina, cuando quiera usted una absolución inútil, venga á pedirla; no le será impuesta ni por el código, ni por las leyes; dependerá de su orgullo, de sus propios

deseos. Mi mujer podría temer lo que á usted le espanta, pero nunca podrá temerlo la hermana, hacia la cual me obligo á desplegar todos los recuerdos de la cortesía. Verla á usted feliz, basta á mi dicha: esto lo he probado por espacio de siete años. Las garantías de mis palabras se hallan en todas las flores que usted ha hecho, religiosamente guardadas por mí la mayor parte de ellas y rociadas con mis lágrimas, flores que han llegado á ser la historia de nuestros pesares. Si este pacto no le agrada á usted, hija mía, ruego al santo varón á quien entrego esta carta, que no le diga á usted nada en mi favor. No quiero que obedezca su regreso, ni á los fervores religiosos, ni á las órdenes de la ley. Quiero recibir de usted misma la sencilla y modesta felicidad que anhelo. Si insiste usted en hacerme llevar la vida sombría que ha tiempo llevo, si quiere usted permanecer sola en su desierto, mi voluntad cederá ante la suya. Sépalo bien: en lo sucesivo no será usted cohibida en nada, como no lo ha sido hasta ahora. Apartaré de su lado al loco que se ha mezclado en sus asuntos y que tal vez le habrá molestado á usted».

«—Señor, dijo la condesa guardando la carta, le doy las gracias, y aprovecharé el permiso que me da el conde para permanecer aquí...

»—¡Ah! exclamé involuntariamente.

»Esta exclamación me valió una mirada inquieta de mi tío, y de la condesa una mirada especial que me repuso y me hizo dueño de mis sentimientos.

»Honorina había querido saber si yo era realmente el floricultor, ó si representaba el papel de una comedia, y mi exclamación me vendió, pues fué un grito del corazón, de esos que tan bien conocen las mujeres.

»—Mauricio, me dijo repentinamente, ¿usted sabe amar?

»La luz que brilló en mis ojos fué una contestación que hubiera disipado la inquietud de la condesa, si hubiera tenido alguna.

»Mi tío cambió de conversación, y Honorina tomó la carta del conde para concluir de leerla. Mi tío me hizo una indicación y yo me levanté.

»—Dejemos á la condesa, me dijo.

»—¿Se marcha usted ya, Mauricio? me preguntó ella sin mirarme.

»Se levantó, nos siguió, sin dejar de leer, y en el momento de los últimos saludos, me oprimió la mano afectuosamente y me dijo:

»—Nos volveremos á ver...

»—No, le dije apretándole la mano hasta hacerla morderse los labios por la fuerte impresión. No, no; ame usted á su marido, yo marcho mañana mismo.

»Me fui precipitadamente, dejando á mi tío, al cual preguntó ésta: ¿Qué tiene su sobrino?

»E1 pobre abad completó mi obra, diciéndole:

»—*Está loco*, perdónele usted.

»Esto era más cierto de lo que mi tío pensaba: yo estaba realmente loco en aquellos momentos. Seis días después partí, nombrado vice-cónsul de España, en una ciudad comercial, en la cual podía, en poco tiempo, ponerme en estado de avanzar en la carrera consular, á la que limitaba mi ambición. Después de haberme instalado, recibí la siguiente carta del conde:

«Mi querido Mauricio: Si fuese feliz, no le escribiría; pero ha empezado otra vida de dolor: me he vuelto joven por el deseo, con todas las impaciencias de un hombre que ha pasado cuarenta años dominándose por la ciencia del diplomático y que sabe moderar sus pasiones. Cuando usted se marchó, yo no había sido aún admitido en el pabellón; pero una carta me prometía ir, una carta dulce y melancólica, una carta de mujer que teme las emociones de una entrevista. Dejé pasar un mes, y luego encontré la oportunidad de presentarme, haciendo preguntar por la Gobain si podía ser recibido. Me senté en una silla, en el patio, y permanecí con la cabeza entre las manos más de una hora.

»La Gobain volvió diciéndome:

»—La señora está vistiéndose.

»De este modo ocultaba Honorina, bajo la apariencia, de una coquetería honrosa para mí, su falta de resolución para recibirme. Por fin fui recibido: durante un largo cuarto de hora estuvimos los dos afectados por un temblor nervioso, involuntario, tan fuerte como el que debe apoderarse de los oradores cuando van á subir á la tribuna por primera vez, y nos dirigimos frases frívolas, como hacen las gentes que quieren sostener una conversación en una entrevista de etiqueta.

»—Honorina, le dije, el hielo se ha roto; míreme con los ojos llenos de lágrimas, estoy temblando de felicidad. Perdone usted la incoherencia de mis frases: durante algún tiempo me sucederá esto.

»—No es ningún crimen amar á su mujer, me dijo sonriendo forzadamente.

»—Concédame usted la gracia de no trabajar más: sé por la Gobain que está usted viviendo desde hace veinte días de sus economías, tiene usted sesenta mil francos de renta suya, y si no me devuelve usted su corazón, no me deje al menos su fortuna.

»—Hace tiempo que conozco las bondades de usted para conmigo.

»—Si le halaga á usted vivir aquí y guardar su independencia, si el más ardiente amor no la conmueve, al menos no trabaje usted más...

»Al decir esto, le entregué en papel algo que suponía doce mil francos de renta, lo tomó, abrió la carpeta con indiferencia, y después de haber leído los papeles, no me dirigió más que una mirada por toda contestación. Ella había comprendido que le daba algo más que dinero, que le daba la libertad.

»—Estoy vencida, me dijo tendiéndome la mano, que besé; venga usted á verme siempre que quiera.

»A1 día siguiente la vi animada por una alegría falsa, y pasaron dos meses hasta que se acostumbrase á mostrar su verdadero carácter. Pero esto fué para mí un mes de mayo, una primavera de amor, que me producía goces inefables. Ella no me temía, me estudiaba. Cuando le propuse ir á Inglaterra, á fin de unirse ostensiblemente á mí, en su casa, y recuperar su rango habitando su nuevo palacio, se heló de espanto.

»—¿Por qué no vivir siempre así? me preguntó.

»Me resigné sin contestar.

»—¿Será para probarme? me pregunté.

»A1 ir desde mi casa á la suya, me animaba; mil pensamientos de amor llenaban de gozo mi corazón, y me decía, como los jóvenes llenos de ilusiones: *esta tarde cederá*. Toda esta fuerza real ó ficticia se disipaba ante una de sus altaneras miradas, ó ante una sonrisa tranquila. La pasión no alteraba nunca sus facciones. Aquella frase que ella pronunció y que usted me repitió: «Lucrecia ha escrito con su mano y su sangre la primera palabra de la cartilla de las mujeres: *¡Libertad!*» venía á mi memoria,

asesinándome. Comprendía cuán necesario me era el consentimiento de Honorina, y cuán difícil arrancárselo. ¿Adivinaba ella las tempestades que agitaban mi alma? Por fin, le pinté mi situación en una carta, temiendo hacerlo verbalmente. Honorina no me contestó, y quedé tan triste que tuve que obrar como si no le hubiese escrito. Sentí mucho haberla afligido, leyó este sentimiento en mi corazón y me perdonó. ¿Sabe usted cómo? Me concedió el honor de recibirme en el gabinete azul. El cuarto estaba lleno de flores y de luz, y Honorina vestida de un modo encantador. Llevaba traje blanco, flores blancas y cintas blancas. Siempre está hermosa; pero en ese día me pareció la desposada de los primeros días. Mi alegría se turbó también al observar su fisonomía, que tenía un aire de terrible gravedad; había fuego bajo aquel hielo de siempre.

»—Octavio, me dijo, cuando usted quiera seré su esposa; pero, sépalo usted bien, esta sumisión tiene sus peligros, puedo resignarme (hice un gesto). Sí, le comprendo, añadió, la resignación le ofende á usted, quiere lo que no puedo darle: *el amor*. La religión, la piedad, me han hecho renunciar á mis votos de soledad, y se encuentra usted aquí; pero creo que no me ha pedido usted más: ahora quiere usted á su mujer; pues bien, le entrego á Honorina tal cual es y sin asegurarle lo que será. Tal vez seré madre, lo deseo vivamente. Trate usted de transformarme, consiento en ello; pero si muero, amigo mío, no maldiga usted mi recuerdo, apellidando terquedad al sentimiento indefinible que había muerto y que no puedo expresar bajo otro nombre que este: el culto hacia lo divino, el culto hacia lo ideal.

»Se sentó después, con aquella serena actitud que conoce usted, y me miró palideciendo por el dolor que me había causado. Yo tenía frío en el corazón. Viendo el efecto de sus palabras, me tomó las manos, las colocó entre las suyas y me dijo:

»—Octavio, te amo; pero no como tú quieres ser amado. Amo en ti tu alma: sin embargo, sábelo: te amo lo suficiente para prestarme á tu deseo y morir por ti como una esclava de Oriente. Después de todo, ¡tal vez no muera!

»He aquí, Mauricio, dos palabras que se combaten. ¿Qué hacer? Tengo el corazón demasiado lleno, y busco el de un amigo para lanzar este grito: ¿Qué hacer?»

»No le respondí nada. Dos meses después, los periódicos anunciaron el regreso de la condesa Octavio, salvada del naufragio después de mil sucesos, etc., etc. A mi llegada á Génova recibí una carta en la que me participaban el feliz alumbramiento de la

condesa. El conde era padre de un hermoso niño. Tuve esta carta dos horas entre mis manos, sentado en un banco y hallándome sin movimiento. Después de dos meses, obligado por Octavio, Grandville y Sérizy, mis protectores, y agobiado por mi soledad desde la muerte de mi tío, consentí en casarme. Seis meses después de la revolución de julio, recibí la carta que ustedes van á ver ahora, y que termina la historia de este matrimonio:

«Señor Mauricio: Muero, aunque soy madre, y tal vez porque lo soy. He representado mi papel de mujer: he engañado á mi marido, y he tenido alegrías tan reales como las lágrimas que vierten las actrices en el escenario de un teatro cualquiera. Muero por la sociedad, por la familia, por el matrimonio, como los primeros cristianos morían por Dios. No sé de qué muero, quisiera averiguarlo, y lo intento con la mejor buena fe, pues no soy terca: quiero explicarle mi mal á usted, que trajo á mi lado á su tío de usted, cirujano espiritual, ante el cual me rendí. El ha sido mi confesor, le cuidé en su última enfermedad y me mostró el cielo, ordenándome el cumplimiento de mi deber. Así lo he cumplido. No censuro á las almas que olvidan, las admiro como á naturalezas fuertes y buenas, porque el olvido es necesario; pero no sé imitarlas. Mis recuerdos me persiguen siempre. Este amor del corazón que nos identifica con el ser amado, no puedo sentirlo dos veces. Ya lo sabe usted; á su corazón, al confesor y á mi marido, les he gritado: «*¡Piedad!*» y todos han sido despiadados. Muero, estoy convencida de esta verdad, y muero pronto. Muero desplegando un valor inaudito. Jamás una cortesana fué más acariciada que yo. Octavio es feliz, dejo á su amor desenvolverse, sin oponerme á nada. En esta farsa terrible gasto demasiado mis fuerzas, la comedia es aplaudida, soy lisonjeada, agobiada de flores y triunfos; pero el rival invisible viene todos los días á buscar su presa, los jirones de mi pobre existencia. Con el alma desgarrada, sonrío, sonrío á dos hijos; pero el mayor, el predilecto, ha muerto. Yo lo he dicho, el muerto me llama y yo quiero ir con él. La intimidad sin el amor es una situación en la cual mi alma se deshonra. Ni puedo llorar, ni entregarme á mis sueños. Las exigencias del mundo, las de mi casa, el cuidado de mi hijo y los deberes que el matrimonio me impone, no me dejan tiempo de esparcirme para hacer un esfuerzo y adquirir el valor que necesito para continuar la batalla. No son labios amados los que beben mis lágrimas, sino un pañuelo; el agua refresca mis ojos inflamados, no los refresca una mirada tierna, porque es imposible. Soy cómica con mi alma, y vea usted por qué no puedo vivir. Encierro mis

pesares dentro de mí misma, con gran cuidado, para que no sean conocidos; pero esto ataca mi salud y mina mi existencia: He dicho á los médicos que han descubierto mi secreto que me dejen morir, que no hagan esfuerzos por curarme, pues sin pensarlo, arrastraría también á Octavio. Según algunos médicos, muero de un reblandecimiento de no sé qué hueso, que la ciencia describe perfectamente. Octavio se cree amado. ¿Me comprende usted? También tengo miedo de que me siga.

»Le escribo á usted para que sea en ese caso el tutor del joven conde. Encontrarán en mi casa un codicilo, en el cual dejo expresada mi voluntad; no hará usted uso de él más que cuando sea necesario. Mi pérdida dejará á Octavio inconsolable, pero tal vez no muera. ¡Pobre Octavio! Le deseo una mujer mejor que yo, pues es muy digno de ser amado. Ya que mi espiritual espía se ha casado, que recuerde lo que la florista le lega aquí como enseñanza provechosa. Impida usted á su mujer que cultive la misteriosa flor del ideal; arrójela en todas las materialidades más vulgares de la casa, aparte usted su pensamiento de la perfección celeste que he querido encontrar aquí abajo, esa flor encantada cuyos colores ardientes abrasan y cuyos perfumes inspiran el desprecio á la *realidad*. Le convendrá mucho que Dios le conceda pronto, muy pronto, un hijo. Yo he sido una santa Teresa, que no ha podido alimentarse de éxtasis en el fondo de un convento, con el divino Jesús, con un ángel irreprochable que ha tendido el vuelo llevándoseme á mí también. Me ha visto usted feliz en medio de mis flores queridas. No se lo he dicho á usted todo: he visto el amor floreciendo sobre la falsa locura de usted, y por no encenderlo más le he ocultado mis pensamientos poéticos, mis delicadas ideas, mis sueños y mis emociones: no le he dejado entrar á usted en mi hermoso reino. En fin, por amor hacia mí, espero que querrá usted á mi hijo cuando se encuentre sin padre. Guarde usted mis secretos como la tumba guardará mi cuerpo. No me llore usted: hace tiempo que estoy muerta. San Bernardo ha tenido razón al decir que no hay vida donde no hay amor.»

—Todo ha terminado, dijo el cónsul guardando las cartas en una cartera que encerró bajo llave; la condesa ha muerto.

—¿Vive todavía el conde? preguntó el embajador; pues desde la revolución de julio ha desaparecido de la escena política y social.

—¿Se acuerda usted, señor de Lora, de haberme visto conducir una góndola hasta el vapor? preguntó el cónsul general.

—Sí, en ella iba un anciano de cabellos blancos, contestó el pintor.

—Un viejo de cuarenta y cinco años que buscaba salud y distracciones en la Italia meridional. Aquel viejo era mi pobre amigo, mi protector, que pasaba por Génova para despedirse de mí y confiarme su testamento, en el cual me nombra tutor de su hijo. No he tenido necesidad de decirle el deseo de Honorina.

—¿Sabe qué ha sido el asesino de su mujer? preguntó la señorita de Touches al barón de Hostal.

—Sospecha la verdad, repuso el cónsul, y esa sospecha le mata. Yo quedé en una góndola mirándole embarcarse para Nápoles: largo tiempo nos estuvimos saludando, cual si fueran los últimos saludos. «Sólo. Dios sabe con cuánto afecto miramos al confidente de nuestro amor, cuando no existe el ser que lo inspiraba, me dijo Octavio momentos antes de su partida. Este confidente posee á nuestros ojos grandes encantos, se reviste de una aureola.» Desde la proa el conde contempló el Mediterráneo, y como el tiempo estaba hermoso, todo contribuyó á conmoverle. Me dijo estas últimas palabras: «Por interés de la naturaleza humana, convendría saber cuál es ese irresistible poder que nos hace sacrificar el más fugitivo de nuestros placeres contra nuestra voluntad por una adorable criatura... En mi conciencia, he oído grandes gritos; Honorina no ha gritado sola. Y yo he querido... ¡Los remordimientos me devoran! Moría en la calle de Payenne por las dichas que no disfrutaba, moriré en Italia por las que he disfrutado...» ¿De dónde procede ese desacuerdo entre dos naturalezas verdaderamente nobles? Me atreví á decirle.

Un profundo silencio reinó en casa del cónsul algunos minutos después de las anteriores frases.

—¿Era virtuosa Honorina? preguntó el cónsul á las dos mujeres.

La señorita de Touches se levantó, cogió al cónsul del brazo, avanzó algunos pasos hacia la puerta y le dijo:

—Los hombres ¿no son culpables también al querer hacer de la niña una mujer, mientras éstos guardan sus angélicas imágenes y nos comparan á rivales desconocidas, á perfecciones soñadas, á las cuales siempre nos han de encontrar inferiores?

—Señorita, tendría usted razón si el matrimonio estuviese fundado sobre la pasión, y tal ha sido el error de dos seres que pronto no existirán. El amor del corazón entre los esposos sería el paraíso...

La señorita de Touches dejó al cónsul y se reunió con Claudio Wignon, que le dijo al oído:

—Es un poco fatuo el barón de Hostal.

—No tanto, dijo ella; todavía no ha adivinado que Honorina tal vez le hubiese amado. ¡Oh! exclamó al ver venir á la mujer del cónsul; ella lo ha oído todo... ¡desgraciado!

Las once sonaron en todos los relojes, y los convidados se disponían á marchar.

—Todo eso no es la vida real, dijo la señorita de Touches. Esa mujer era una excepción, tal vez la más monstruosa de la inteligencia. La vida se compone de accidentes variados, de dolores y placeres alternados. El Paraíso de Dante, esa sublime expresión del ideal, ese cielo siempre azul, no se encuentra más que en los mundos del espíritu, y buscarlo en la tierra es una voluptuosidad contra la cual protesta siempre la naturaleza. Para tales almas una celda y un rezo constante deben bastar.

—Tiene usted razón, dijo León de Lora. Pero, por poco que yo valga, no puedo menos de admirar á una culpable que, viviendo en su modesto taller, no descendió nunca de su elevada esfera, no vio el mundo, ni se manchó de lodo. Expió su culpa y tuvo la dignidad de no olvidarla.

—Eso se vio durante algunos meses, dijo Claudio Wignon irónicamente.

El embajador se dirigió á la señorita de Touches para decirle:

—La condesa Honorina no es la única en su género. Un hombre político, escritor y amigo mío, inspiró un amor de esa especie, y el pistoletazo que le mató no le alcanzó á ella, porque ésta se había encerrado ya en el claustro.

Al conocer la historia de aquellos amores, se hubiese visto la gran abnegación que suele brillar siempre en el corazón de las mujeres.

—¿Se encuentran todavía grandes almas en este siglo? dijo Camila Maupín, que permaneció melancólica y pensativa algunos minutos.

París, enero de 1843.